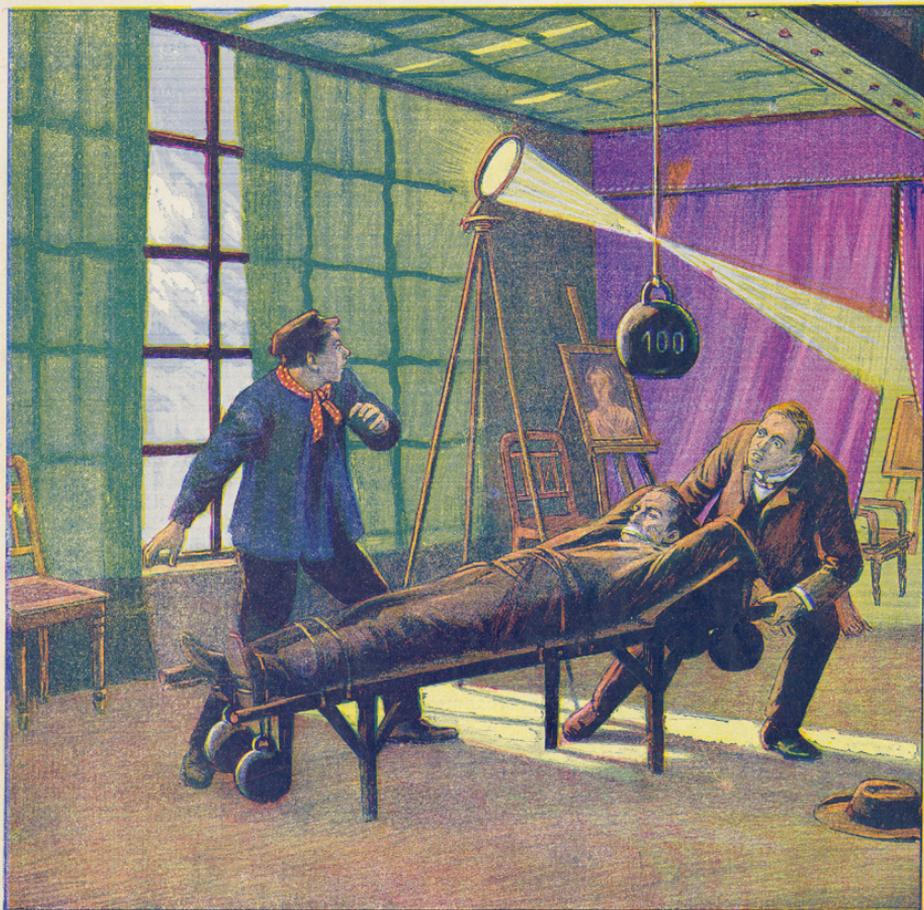




Memorias íntimas del Rey de los Detectives

La bestia humana



Una lupa de colosales dimensiones recogía los rayos solares, concentrándolos en un solo punto.

F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCELONA**ANUARIO CIENTÍFICO É INDUSTRIAL**POR **VÍCTOR DELFINO**Con un prólogo de **JOSÉ COMAS SOLÁ**

Año 1909, primero de su publicación • Obra ilustrada con multitud de grabados

SUMARIO

Cosmología.—Astronomía.—Meteorología y Física terrestre.—Física.—Química.—Historia natural.—Medicina, Fisiología é Higiene.—Agricultura.—Artes Industriales.—Geografía y Geodesia.—Variedades.

Un voluminoso tomo de más de mil páginas. 10 pesetas

COUPIL RENAULD**Arte de dibujar sin maestro**

Dibujo al carbón, á la esfumina, al lápiz plomo.—Procedimientos mecánicos del dibujo, con un tratado de puntografía.

UNA PESETA

N. DUFOUR**El arte del colorido**

Guía manual del colorista.—Arte de iluminar toda clase de dibujos, láminas, fotografías y vistas para estereoscopos, con un tratado especial de iluminación de tarjetas postales.

UNA PESETA

L. F. DUBIEF**El licorista de las damas**

Arte de preparar en poco tiempo toda clase de licores de mesa, con todas las flores cultivadas en los jardines y procedimientos para conservar los frutos en aguardiente, para hacer los licores y ratafías, etc.

UNA PESETA

ASTRONOMÍA Y CIENCIA GENERALpor **JOSÉ COMAS SOLÁ**

Colección de trabajos científicos de popularización referentes á la Astronomía, á la Sismología, á la Historia de las ciencias en el siglo XIX, etc.

Un volumen en 4.^ª de más de 640 páginas, papel satinado superior, é ilustrado con gran número de grabados. { PREGIO EN RÚSTICA . . . 6 pesetas }
{ EN TELA. 7'50 }

DEL MISMO AUTOR

EL ESPIRITISMO ANTE LA CIENCIA

ESTUDIO SOBRE LA MEDIUMNIDAD

Un tomo ilustrado con multitud de grabados. 1'50 pesetas

LA ACTUALIDAD REVISTA MUNDIAL DE INFORMACIÓN GRÁFICA
PUBLICACIÓN SEMANAL

Año V de su publicación

LA MÁS BARATA, MÁS EXTENSA, MÁS AMENA Y MÁS VARIADA DE ESPAÑA

Regala un **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA CASTELLANA**, profusamente ilustrado ¡¡20 céntimos!! • 36 páginas profusamente ilustradas • ¡¡20 céntimos!!

SUBSCRIPCIÓN	{	ESPAÑA 2'50 pesetas trimestre	NÚMERO SUELTO, 20 céntimos
		PORTUGAL 12 pesetas al año	
		EXTRANJERO. 15 francos al año	

Se enviará GRATIS un número á quien lo solicite

BARCELONA.—Redacción y Administración: Diputación, 344. Talleres: Paseo San Juan, 54 • Teléfono núm. 2108

823.91
D598.99
P47
U.11
no. 50

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES**La bestia humana**

CAPITULO PRIMERO

El atentado infame

«Londres, 22 de Mayo de 1900..»

»Muy señor mío:

»Hastiado de la vida y de que la fortuna me niegue sus favores, he resuelto proporcionarme dinero de una manera para usted poco agradable.

»Suplico á usted se sirva depositar el viernes, día 24 del corriente, por la tarde, en el sitio que le indicaré oportunamente, la cantidad de veinte mil libras esterlinas en billetes del Banco de á cincuenta libras uno. Para usted que dispone de una inmensa fortuna, esta cantidad nada representa, mientras que á mí me bastará para llevar en lo sucesivo, una vida desahogada.

»En señal de conformidad, mande usted insertar en el *The Times* de esta noche el siguiente anuncio: «Ricardo, conforme» ó lo que quiera usted decirme.

»Supongo que entregará usted esta carta á la policía para que me detengan en el momento de retirar el dinero, pero no solamente no lo conseguirá usted, sino que entonces le sucederá lo siguiente: Para que se convenza usted de lo serio del caso, empezaré por matar á uno de sus hijos, valiéndome de medios que no puede usted figurarse, y contra los que no hay precauciones

posibles. Hecho esto, volveré á hacerle mi petición, pero por cincuenta mil libras, en lugar de veinte mil. Si siguiera usted obstinándose, lo que no espero, me obligaría usted á matar á otro de sus hijos y á aumentar la suma pedida, y seguiría así sucesivamente hasta acabar con su resistencia.

»Le será á usted completamente imposible evitar que se cumplan estas amenazas y le prevengo, además, que debe usted vigilar mucho, pues es bien posible que pierda usted la vista.

»Si llama usted á los detectives en su auxilio, nada podrán; si se marcha usted de Londres, le seguiré, y en último caso, si me cogiese, nada me importa; he dicho que estoy cansado de la vida y no temo la muerte ni la cárcel.

»Reflexione bien el caso para que no tenga que bajar los ojos avergonzado ante el cadáver de su hijo. Si deja usted pasar la oportunidad, será ya tarde, pues á cada hora, á cada momento le amenazaré á usted una fatalidad al paso que ahora es tiempo de libertarse satisfaciendo una cantidad insignificante. Decida, pues, su porvenir como mejor le plazca.

»M. B.»

—Y bien; ¿qué le parece á usted este papelote?—preguntó al gran detective Sherlock Holmes, el banquero Ricardo Markham cuando hubo leído la carta.

Hace ya cinco días que la recibí—prosiguió el banquero,—y no di á esta carta importancia, pero Mabel, mi esposa, está alarmadísima y me ha rogado que llamara á usted para que me diera su consejo. Por más que no puedo negar que desde ayer mi hija se ve perseguida...

¿Qué tengo que hacer, mister Holmes? A medida que pasa el tiempo voy alarmándome también yo, pues parece ser que el misterioso M. B. y sus cómplices se disponen á poner en práctica sus amenazas.

Ayer mi hijito, Jaime, fué seguido por una mujer desconocida por varias calles, y me costó bastante trabajo deshacerle de ella. Hasta me pareció que alguna vez intentaba arrojar al muchacho algo en el rostro.

No bien hubo terminado estas palabras mister Markham, cuando la conversación que tenía lugar en el despacho del gran detective, fué interrumpida por la campanilla del teléfono que empezó á sonar con fuerza.

Sherlock Holmes corrió al aparato.

—Soy Mabel Markham—dijo una voz.

—Sherlock Holmes—repuso el oyente.—¿En qué puedo servirle?

—¡Oh, sir!—contestó la primera con voz entrecortada por el llanto.—Si mi esposo está aún en su casa, haga el favor de decirle que venga inmediatamente.

Acaba de ocurrir una horrible desgracia; cuando nuestro hijo Jaime salía de la escuela para venir á casa y al pasar por la plaza de Connaught, le han arrojado al rostro un líquido corrosivo. El médico teme que pierda el ojo derecho. La cara ha quedado completamente desfigurada...

Sherlock Holmes quedó perplejo. Le era muy violento tener que transmitir la funesta noticia al banquero.

Al volverse, vió que mister Markham tenía en la mano el otro receptor del teléfono, y que había oído las palabras de su esposa.

Tomando entonces la palabra el mismo banquero, contestó á lady Mabel que se encaminaba seguidamente á su casa.

—Ya ve usted, mister Holmes—exclamó indigna-

do,—que mi esposa tenía razón en alarmarse.—¡Ay! ¿por qué no vine á verle ayer? ¡Pobre hijo mío! ¿No es horrible perder la vista de tal manera?

Lanzando un profundo suspiro tomó el sombrero para retirarse.

Sherlock Holmes le siguió, alcanzándole en el momento en que tomaba un coche que le esperaba en Bakerstreet.

—Debe usted permitirme acompañarle—dijo el detective tomando asiento á su lado sin cumplimientos.

—Supongo que la herida no será muy grave, y que podré interrogar al niño. Desde este momento me ocuparé en este asunto; el miserable merece un castigo severo.

—Se lo agradeceré de todo corazón, mister Holmes—repuso el banquero estrechándole la mano.

Si; ocúpese usted de este asunto; toda mi fortuna está á su disposición con tal de que me libre usted á mí y á mi familia de la horrible desgracia que nos amenaza. Confiamos enteramente en que descubrirá usted el misterio.

Los caballos corrían velozmente salvando la distancia que les separaba del parque Lane, donde estaba situada la casa del banquero, cerca de Hyde Park, el barrio más aristocrático de Londres.

—¿Fué el mismo niño quien le habló de la persecución de que era objeto?—preguntó el detective.

—Sí, mister, y me dió una descripción detallada de la mujer en cuestión—repuso mister Markham.—Según sus indicaciones, esa mujer es aún muy joven, delgada y de alta estatura. Vestía un elegante traje gris, y, lo que me parece un detalle importante, llevaba un velo de color verde.

—¡Diablo!—exclamó Sherlock Holmes volviendo rápidamente la cabeza.—Si no me engaño, allí, junto al Arco de Mármol está la mujer del velo verde.

Ya se dispuso el detective á saltar del coche para ir en persecución de la mujer, cuando ésta, como si hubiera adivinado la intención del detective, volvióse rápidamente y pocos segundos después había desaparecido en el Hyde Park.

—Es una aparición extraña la de esa dama verde—

murmuró Sherlock Holmes.—¿Será tal vez una conocida suya, mister Markham, una de sus enemigas?

—No lo sé, mister Holmes—contestó el banquero.

—¿No cree usted que este atentado contra su hijo es obra de una persona que conoce á usted y que ha querido vengarse? ¿Por qué quiere que le entregue usted una suma tan crecida? ¿Tiene usted enemigos?—preguntó el gran detective pensativo.

—No sé quién pueda odiarme—repuso mister Markham.

—Tal vez ha hecho usted nacer odios en alguna persona años atrás. Hable usted con franqueza: ¿no recuerda usted nada de esto? ¿Quizá alguna joven con la que tuvo usted relaciones y luego dejó incumplidas sus promesas?

¿No tuvo usted amoríos en su juventud? ¿No ha enamorado usted á ninguna joven y la ha prometido unirse á ella en matrimonio?

El banquero se rascó detrás de la oreja, diciendo:

—¡Dios mío, mister Holmes! He sido joven con todos y nunca he pretendido ser un santo. He tenido mis amoríos y más que otros por la razón de que siempre llevaba la cartera repleta de billetes.

Sin embargo, no recuerdo haber sostenido relaciones formalmente; todas han sido novias pasajeras; pasiones fugaces.

—Corriente—repuso Sherlock Holmes.—Sobre eso volveremos á hablar más adelante. Tal vez recuerde usted algo concreto entretanto. Aquella joven del velo verde me da qué pensar.

Habían llegado delante de la regia morada cuyas escaleras hasta el primer piso subieron volando. En el piso estaban las habitaciones particulares del banquero mientras que las oficinas se encontraban en la planta baja.

Mistress Mabel les salió al encuentro deshecha en un mar de lágrimas. Al ver que con su esposo venía también el célebre detective, la buena señora quedó agradablemente impresionada.

Tendió la mano al forastero, suplicando á los dos que la siguieran hasta la habitación del pobre niño, donde estaba aún el médico.

Con el objeto de apaciguar los horribles dolores que el infeliz sentía, el doctor le había administrado una droga para hacerle dormir.

Sumido en profundo sueño, yacía en el lecho Jaimito, muchacho de buen tipo, con el rostro vuelto hacia la puerta de su habitación.

El banquero quedó fuertemente impresionado al ver á su hijo en tan lamentable estado.

El mismo Sherlock Holmes no pudo sustraerse á una penosa impresión.

La cara había quedado completamente desfigurada, y según había dicho el doctor, el ojo derecho quedaría probablemente perdido; por fortuna la parte más lesionada estaba ya cubierta con algodón y vendas, de manera que el infortunado padre no pudo verla.

—¿Cuál ha sido el líquido que ha empleado el monstruo?—preguntó Sherlock Holmes al doctor inclinándose sobre el herido, y examinando las partes del rostro donde el ácido había destruido el cutis.

—Vitriolo—contestó el doctor Flinch.

El pobre niño tendrá la señal durante toda su vida, y será menester largo tiempo para restablecerle—añadió.

Mistress Mabel sollozó al oír estas palabras del médico, las cuales como dardos acerados se le clavaron en el corazón. Su esposo la cogió del brazo invitándola á salir de la habitación.

—¿Dónde está nuestra hija Ellen?—preguntó.—Que ella cuide de Jaime en tu lugar; tú debes descansar; has de procurar evitar las emociones fuertes después de tu larga enfermedad.

¿Dónde está nuestra hija, Mabel? Me extraña no encontrarla aquí. ¿Es que no sabe la triste desgracia?

—¡Por Dios, Ricardo!—replicó mistress Mabel.—Cuando trajeron á Jaime sangriento y desfigurado, no he pensado en ella, no me acordé de nada.

Supongo que Ellen estará en su habitación.

—Voy á mandar á la doncella que vaya por ella inmediatamente.

Los padres salieron del dormitorio.

Entonces Sherlock Holmes preguntó al médico:

—¿Cuándo estará el niño en disposición de inte-

rogarle? Quisiera hacerle alguna pregunta por si puede darme alguna indicación importante sobre la mujer criminal.

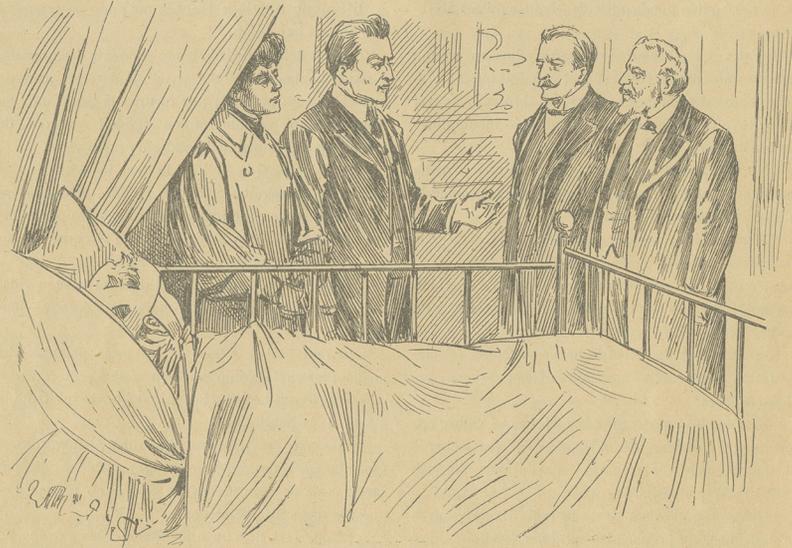
—De momento no puede pensarse en un interrogatorio—contestó el doctor Flinch;—pero tal vez podré yo facilitarle algunos pormenores. Por las palabras incoherentes que he oído al muchacho, deduzco

—Según dijo el niño, le esperaba á la salida de la escuela.

—¿Cuál es esa escuela?

—Creo que es la academia de mister Word, en la Oxfordstreet.

Seguramente hubiera seguido preguntando Sherlock Holmes si en aquel momento no hubiera vuelto á



que fue agredido por una mujer joven y de alta estatura que cubría el rostro con un espeso velo.

—¿Era de color verde?

—Así dijo el pequeño Jaime.

—¿Y el atentado ocurrió en la plaza Connaught?

—Efectivamente.

—¿A qué hora?

—Hacia las doce y media.

—¿Desde dónde seguía la mujer á Jaime?

la habitación el banquero Markham dando señales de la más viva emoción.

El detective comprendió desde luego que algo grave ocurría.

—¿Qué ha sucedido, mister Markham?—preguntóle.

—Ellen... mi hija... no ha vuelto á casa desde esta mañana—contestó el banquero temblando.—No la encontramos en toda la casa.

—Habrà aprovechado el tiempo magnífico que hace para dar un paseo por el Hyde Park—objetó Sherlock Holmes.

—Nunca ha hecho esto sola—repuso mister Markham.—Nunca ha estado Ellen fuera de casa durante tanto tiempo... Cuando sale, sabemos á donde va.

—¿Quién acompañaba á su hija generalmente?—preguntó Sherlock Holmes.—¿Supongo que alguna criada?

—Sí; Lizzie acostumbraba á salir con ella.

—La muchacha que estaba aquí y á la que ordenó usted ir en busca de Ellen.

—Precisamente.

—¡Hum!—murmuró el detective.—A decir verdad, esa muchacha me ha producido una impresión muy particular.—Por casualidad la miré al rostro cuando la preguntó usted por miss Ellen, y me pareció observar que quedaba algo confusa. Cambió de color.

Si no tiene usted inconveniente, quisiera interrogar á esa doncella ahora mismo.

—Voy á llamar á Lizzie en el acto—repuso el banquero.

Disponíase á apretar el botón del timbre eléctrico, cuando el médico le retuvo, diciendo:

—Pero no aquí, señores—dijo;—el enfermito necesita reposo, y lo que más le conviene es quedarse solo.

—Salgamos, pues, de aquí—repuso mister Holmes.—Daré aviso á una hermana de la caridad para que venga á cuidar del niño. Su esposa, mister Markham, también necesita tranquilidad, y puesto que miss Ellen...

—¿Ellen!... ¡mi hija!...—exclamó el banquero.—Verdad es que por el momento tampoco podemos contar con ella... ¿Quién sabe, Dios mío, si nos amenaza otra desgracia?... Un vago presentimiento me hace también temer por ella...

—No sea usted tan pesimista, mister Markham—repuso el médico.—No tiene usted necesidad de torturarse inútilmente. Tiene usted á su lado á un hombre que algún consejo podrá darle y que ha ayudado ya á muchos en circunstancias desesperadas.

—En efecto—contestó Sherlock Holmes.—Espero

tener muy pronto una seguridad sobre el motivo de la ausencia de Ellen.

Mister Markham, no pierda usted la serenidad; póngame enfrente de Lizzie; creo que por ella podremos saber el paradero de Ellen.

Los caballeros salieron del dormitorio, y el médico despidióse no sin asegurar que tomaba á su cargo el cuidado de avisar á una hermana de la caridad.

Sherlock Holmes siguió al banquero, dirigiéndose á las habitaciones contiguas al saloncito de mistress Markham. Eran las de Ellen.

Componíase de dos cuartitos que daban á la calle, y que eran el dormitorio y el saloncito de la joven hija del banquero.

Un cuarto contiguo estaba reservado á la doncella Lizzie para que, siempre estuviera cerca de mistress Markham y de miss Ellen.

Allí se dirigió el afligido padre.

La esposa se había retirado á sus habitaciones para acostarse.

Cuando los dos caballeros penetraron en el cuarto de la doncella, la encontraron dispuesta para salir.

—¿A dónde va usted, Lizzie?—preguntó mister Markham.—¿Le han dado algún encargo?

La muchacha quedó confusa, sin acertar á contestar.

—Pero hable usted, Lizzie—insistió el banquero.—¿Tiene usted que ir á buscar algo para mi esposa?

—No, no, mister Markham—contestó por fin la joven.—Pensé... quería...

—¿Quizá quería usted ir á buscar á miss Ellen—añadió el detective.—¿Sabe usted, tal vez, donde se encuentra?

Lizzie miró asombrada al detective.

Las palabras que acababa de pronunciar la dejaron confundida.

—Acabemos, diga usted algo—añadió Sherlock Holmes clavando una penetrante mirada en sus ojos como si quisiera leer en ellos.—No oculte usted nada. Según me ha indicado mister Markham, es usted la doncella de confianza de miss Ellen, y esto me hace suponer que conoce usted el paradero de aquélla.

—No, sir—balbuceó la muchacha palideciendo y bajando la vista.—Nada sé de cierto sobre miss Ellen.

—¿Pero supone usted algo?... Y, si no me engaño es usted aficionada al juego de naipes, ¿verdad?

Al pronunciar estas palabras, el detective se había acercado á una mesita en un rincón, encima de la cual había una baraja.

—O más bien—prosiguió diciendo—parece usted ser una de las clientes de madame Lenormand, la célebre cartomanista de París, que pretende leer en las cartas la suerte y el porvenir de todo el mundo.

Mire, mister Markham—añadió acercándose al banquero.—¿No le parece que estos naipes están dispuestos en cierto orden?

Lizzie, joven bien parecida, y de unos diez y ocho años de edad, se puso encarnada.

—Sí—contestó—para distraerme me he echado las cartas hace un momento.

—¿Conoce también miss Ellen este arte?—preguntó Sherlock Holmes observando atentamente las facciones de Lizzie.

—Supongo—dijo el banquero—que no habrá usted adiestrado á mi hija en esas tonterías; á una niña sin experiencia como ella no pueden convenir estos conocimientos.

Pero veo que está usted ruborizada, Lizzie; dígame la verdad. ¿Se ha echado alguna vez las cartas Ellen?

—...Sí, mister Markham—contestó por fin la criada.—¿Dónde ha aprendido usted esto?—preguntó Sherlock Holmes.

La joven permaneció silenciosa y con la vista baja. A juzgar por su turbación aquella pregunta debía molestarla.

—¿Ha sido tal vez en casa de madame Rager, en la Brookstreet? Vive muy cerca de aquí y desgraciadamente tiene una clientela muy numerosa. Es un escándalo que la policía consienta estos abusos.

¿No es verdad que ha estado usted con miss Ellen en casa de esa Rager?

—¿Cómo puede usted preguntarme esto?—repuso Lizzie con fingida indignación.

—Sencillamente—contestó el detective riendo.—Porque la clientela de Rager se compone precisamente de muchachas de su categoría aunque á menudo van también á consultarla damas de la aristocracia.

Y aun puedo decirle más, Lizzie. O mucho me engaño, ó la vi á usted antes de ayer por la noche junto con una dama joven, en la Brookstreet, cerca de donde vive la adivina.

Al oír estas palabras del detective, la turbación de Lizzie aumentó.

Temblaba vivamente agitada.

—No sé nada—repuso con voz apagada.

—¿No tiene usted buena memoria, Lizzie? Acuértese bien de lo que hizo anteayer por la noche.

—Pues bien, no lo niego; pero estuve allí sola.

—No; usted no estuvo sola—repuso el detective con voz firme;—no pude haberme equivocado. ¿Cree usted que no vi á la mujer sospechosa que iba á su lado?

—¿Qué mujer?—preguntó Lizzie echando una mirada de odio al gran detective cuyas preguntas la inquietaban.

—La que llevaba el velo verde—contestó Sherlock Holmes.—He visto como ustedes dos entraban en la casa número 17 de Brookstreet.

Lizzie se mordió los labios, golpeando nerviosamente la mesa.

El banquero miró alarmado al célebre detective.

—¿La mujer verde?—preguntó temblando.—¿No ha dicho usted que la mujer verde fué la que...

—En efecto, mister Markham—repuso Sherlock Holmes.—No es la primera vez que he visto á esa mujer misteriosa. Me interesa saber quién es.

No cabe duda ya de que la dama del velo verde es la que ha cometido el atentado, pero no es menos cierto que esta muchacha estuvo en su compañía.

—¿Qué sabe usted, pues, de aquella miserable?—preguntó el banquero acercándose á Lizzie y mirándola fijamente.

—Nada, señor; nada absolutamente—contestó Lizzie;—no la conozco; debía estar á mi lado por casualidad.

—¿No visitó ella también á la adivina?

—No lo sé.

—Bien; en este caso preguntaremos á madame Rager—dijo Sherlock Holmes resueltamente.—Ella nos dirá también si ha estado usted allí en compañía de miss Ellen.

sa de la adivina en Brookstreet desde hace una semana.

—¡Ah!... ya me lo figuraba—exclamó aterrado el banquero.—Mister Holmes, admiro su perspicacia por haber encontrado la pista tan pronto.

—Pista que seguiremos—repuso el aludido.—Miss



—Diga usted la verdad—volvió á exclamar el banquero.—No me obligue usted á entregarla á la policía para que se la hagan decir.

Si sigue usted obstinándose en callar, no podremos menos de suponer que nos oculta algo que pesa sobre su conciencia, tanto más cuanto que ya se ha hecho usted muy sospechosa por haber sido vista en compañía de la mujer del velo verde.

—No sé nada malo—contestó Lizzie.—Lo único que puedo decir es que efectivamente, frecuento la ca-

Lizzie, haga el favor de abrir este cajón de su cómoda.

La doncella miró á mister Markham como consultándole.

—Sí, sí—añadió éste;—también yo deseo registrar sus prendas. Este caballero procede por expreso encargo mío.

Lizzie buscó la llave en los bolsillos.

—Si no encuentra usted la llave—dijo mister Holmes,—poco importa.

Diciendo esto echó mano al bolsillo, y un momen-

to después había abierto el cajón superior, gracias á una ganzúa.

Inmediatamente vió una carta cuyo sobre estaba abierto.

Lizzie se apresuró á coger la carta, pero el detective anduvo más listo que ella.

—No, bella niña; somos muy curiosos—dijo tomando el sobre.

El banquero lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo es esto? ¿Usted guarda en su cómoda una carta dirigida á mi hija? ¿Cómo ha llegado esta carta á su poder?

Entretanto Sherlock Holmes había desplegado la carta. Entonces le tocó á él el turno de quedar sorprendido.

El escrito decía:

«Venga en seguida al sitio indicado. Todos sus deseos se realizarán.

»La dama verde.»

Accentuando las palabras, el detective leyó la carta en voz alta, sin dejar de clavar los ojos en el rostro de la doncella.

No bien hubo terminado las últimas palabras, Lizzie cayó desmayada.

CAPITULO II

Importantes revelaciones

—No parece sino que esta muchacha junto con la misteriosa mujer verde han tramado un complot contra mí y mi familia—exclamó el banquero mientras llenaba un vaso de agua para remojar la frente de la caída, al paso que Sherlock Holmes le acercaba un frasco á la nariz.

Por fin, Lizzie abrió lentamente los ojos mirando á su alrededor como si despertara de un profundo sueño.

—¿Cómo ha llegado la carta á su poder?—siguió interrogando el detective.—¿No es cierto que á consecuencia de estas líneas misteriosas, la joven miss Ellen ha salido esta mañana de la casa?

—Sí—repuso Lizzie;—quiso acudir á la cita á pesar de que yo la decía que no fuese.

—¿Dónde debían encontrarse?

—No lo sé.

—No lo creo. En tal caso, ¿cómo se explica que guardara usted la carta con tanto cuidado?

La muchacha se arrojó llorando á los pies del banquero.

Deshecha en un mar de llanto, y retorciéndose las manos desesperadamente, exclamó:

—¡Dios mío!... Perdóneme, mister Markham... Mi obligación era avisar á usted de que su hija tenía algún secreto para usted... Sí, ella ha conocido á la mujer verde y estas relaciones pueden serle fatales.

El banquero palideció intensamente. Lanzó una mirada vaga como si perdiera los sentidos.

Hubiérase dicho que apenas había oído las palabras de Lizzie.

El gran detective había observado con atención al banquero desde que había visto que el opulento lord se volvía pálido al ver la letra de la carta firmada por la mujer verde.

Diversas ideas cruzaron rápidamente la mente del detective. Tiempo tenía de convencerse de si sus combinaciones eran acertadas, pero lo que le importaba de momento era terminar el interrogatorio de Lizzie.

—¿De manera que usted conocía á la mujer verde?—preguntó Sherlock Holmes.—Usted suponía que esta relación había de ser fatal para la miss y, sin embargo, dejó usted de avisar á mister Markham?

—Señor, no podía saber que la mujer verde era una criminal tan temible. Solamente lo comprendí cuando trajeron al pequeño Jaime herido, y dijeron que una mujer con un velo verde le había agredido.

Sólo entonces cogí la carta y la guardé en mi cómoda; antes estaba en la mesita de la habitación de la señorita.

Quise tomar medidas para que no se supiera que

yo había llevado á miss Ellen á casa de la adivina, donde tuvo la desgracia de conocer á esa infame del velo.

—¿Y por qué llevó usted á la joven dama á casa de Rager?—siguió preguntando Sherlock Holmes.

—Ella lo deseaba—contestó Lizzie.—Al ver que yo misma me echaba las cartas y sabía leer el porvenir en ellas, me preguntó dónde había aprendido este arte, y la indiqué entonces la dirección de madame Ana Rager.

Entonces miss Ellen me suplicó con gran insistencia que la llevara á casa de la adivina, pues dijo que hacía ya mucho tiempo que deseaba consultar á una mujer de esas sobre su porvenir; quería saber si llegaría á realizar sus esperanzas.

—¿Le ha hablado alguna vez sobre sus esperanzas?

—Muchas veces—repuso Lizzie sollozando.—¡Era tan buena la pequeña miss Ellen!... me confiaba todos sus secretos, y yo la quería como á una hermana.

¿Por qué, Dios mío, por qué habré dejado que saliera esta mañana? ¿Por qué no habré impedido que se encontrara con la mujer verde?

—Puede usted reparar en parte su falta confesándonos todo lo que sepa—repuso con severidad el detective.

Mister Markham la perdonará cuando vea que está usted arrepentida, y que sus intenciones no eran malas al favorecer las relaciones de miss Ellen con la mujer del velo verde.

—¡Oh, no... no, sir! no tenía malas intenciones acompañando á miss Ellen á casa de la adivina—exclamó la joven con los ojos anegados y permaneciendo aún arrodillada á las plantas del banquero.—No encontramos en seguida á la mujer del velo verde, la conocimos más tarde por habérnosla presentado la misma adivina.

—Y ¿cuáles eran los deseos, las esperanzas de miss Ellen?—preguntó el detective.

—Quería ser artista, soñaba con el teatro; para ella no había mayor satisfacción que trabajar en la escena y ser admirada por miles de personas. Para ella no ha-

bía arte más sublime que el de interpretar á los grandes autores.

—¿Es verdad, mister Markham, que su hija tenía estas aficiones?

—En efecto, mister Holmes—repuso aquél suspirando;—tenía gran afición al teatro, y tal vez esta afición le ha sido fatal.

—¿Madame Rager debe haber alentado y aumentado las esperanzas de la joven, no es eso, Lizzie?—preguntó el detective.

—Estoy convencida de ello—repuso la doncella, levantándose por indicación de mister Markham.

Miss Ellen me dijo que madame Rager la había presentado á una dama que la llevaría á la gloria del arte teatral.

La adivina había dicho á la señorita también que la providencia la tenía predestinada al arte, según había leído en las cartas. Aseguróla que recogería muchos triunfos y que sería el orgullo de sus padres, pero para ello era indispensable que no dijera nada á nadie. Por eso miss Ellen me hizo prometer que guardaría silencio como lo había guardado hasta este momento en que me obligan ustedes á hablar.

—¿Encontraron ustedes á la mujer del velo verde en casa de madame Rager?

—En efecto, y á decir verdad, sir, la presencia de aquella dama me infundió siempre cierto recelo, cierto temor que yo misma no sabía explicar. Cuando miss Ellen me decía que la misteriosa dama se mostraba sumamente amable para con ella, le contestaba yo que no se fiara demasiado de ella, pero se reía de mis temores.

—¿Cómo se dió á conocer la mujer verde á ustedes?—siguió preguntando Sherlock Holmes.

—Dijo que era dueña de un gran teatro de América, para el cual deseaba contratar á miss Ellen. Esta me confesó que la dama la había hecho declamar delante de ella, y que había quedado pasmada de su talento y disposiciones para el teatro.

—¿Cómo se llama la mujer del velo?

—Si no recuerdo mal, Mary Hewitt.

—Apellido supuesto, naturalmente—repuso el detective sonriendo.

¿Ha oído usted alguna vez este nombre?—preguntó volviéndose repentinamente al banquero, que tenía aún la carta en la mano, y que por lo visto no acertaba á desprenderse de ella.

—No, mister Holmes—contestó distraído.

—Si no me engaño, mister Markham, me dijo usted en cierta ocasión que conocía bien los teatros de ultramar. ¿Estuvo usted mucho tiempo en América?

—Sí... pero Lizzie; creo que mi esposa la llama. Vea si la necesita para algo.

Contenta la muchacha de poder retirarse, salió apresuradamente de la habitación.

—Sí, amigo; estuve mucho tiempo en el país de la libertad, pero hace ya largos años, y durante este tiempo, los teatros han cambiado mucho. Recuerdo que conocí, efectivamente, á una tal Mary cuando yo estaba empleado en el Banco más importante de Nueva York.

—Y sin duda esta Mary Hewith de que ahora estamos hablando, la mujer verde y la Mary que usted conocía son la misma persona—exclamó el detective fijando la mirada en las facciones del banquero.

—No lo niego, sir, y hasta supongo que tiene usted razón por más que aquella se llama Mary Milton, mi antigua querida.

Tiene usted razón al suponer que el atentado cometido en mi pobre Jaime ha sido obra de una mujer enemiga. Yo mismo he dado á esa mujer los motivos para odiarme.

Al ver estas líneas—prosiguió después de una pausa—me acordé inmediatamente de Mary Milton. La vi ante mis ojos como la viera hace más de veinte años, cuando la conocí.

Trabajaba entonces en el Broadway Theater.

Era amante de un ricacho y cada vez que la veía al lado de aquél en el lujoso coche tirado por cuatro caballos, los celos me devoraban. Sentía por Mary Milton una pasión avasalladora, ó cuando menos así me lo figuraba, aunque en realidad no era más que un amor pasajero. Ella llegó también á amarme, y pude

convencerme de que el amor que supe inspirarla era sincero.

Mary quiso romper sus relaciones con el ricacho que la había regalado un palacio, y que la mimaba sin poder adquirir su corazón.

Me juró hacer todo lo posible para poner fin á aquellas relaciones con Harry Vanderwilt, y por mi parte la inducía á que lo hiciera cuanto antes. ¡Cuán infame he sido!

Supe que su amante la había pagado sus favores haciéndola dueña de una fortuna inmensa y he de confesarlo, cuando conseguí hacer mía á Mary, no pensaba más que en los montones de billetes del Banco de que era dueña, y con los cuales podría abandonar mi colocación y establecerme.

No; no era el amor sino el interés ruin, el que me hizo rogarla que accediera á mis deseos, llegando á amenazarla con atentar contra mis días si me rechazaba.

Soy un miserable, mister Holmes; desprécieme, no merezco otra cosa.

Convinimos, por fin, en que en caso de que accediera á mis súplicas, me haría una señal convenida.

Pocos días después, estando yo en el teatro como todas las noches, me hizo la señal convenida. Esta señal, mister Holmes, consistía en aparecer en escena con un velo verde en el rostro.

Esto significaba que había vencido todos los obstáculos y que Mary me esperaba después de terminar la representación para entregarme el dinero que según la había dicho, me era necesario para crear una posición independiente.

Lo demás ya puede usted figurárselo, mister Holmes. No fui más noble ni más honrado que esa legión de miserables que juzgan un mito el cumplimiento de la palabra empeñada á una joven demasiado confiada, que después de robarla su honor, la engañan con las más lisonjeras promesas.

—Ahora lo comprendo todo—exclamó Sherlock Holmes que había seguido el relato con gran interés.—Ahora comprendo por qué Mary Hewith, pues no es otra, llevaba un velo verde al cometer el atentado, por

qué se presentó á miss Ellen como «mujer verde», por qué firmó esta carta con el mismo nombre, y finalmente por qué Lizzie fué enterada del secreto.

—¿Lizzie?—preguntó extrañado el banquero.

—Sí, Lizzie; en cualquier caso, ella le hubiera dicho á usted que su hija se encontraba en poder de su antigua querida.

En un principio, intentó su querida arruinarle pidiéndole dinero, pero al ver que no hacía usted caso de la amenaza, dió rienda suelta á su odio; ahora la mujer verde se ha propuesto herirle en lo más hondo.

Por esto el atentado con el vitriolo, por esto...

—Basta, basta, mister Holmes; no siga usted hablando así—exclamó el banquero que hasta entonces se había paseado inquieto por la habitación, y dejándose caer en un sillón para ocultar sus amargos sollozos tapándose el rostro con ambas manos.

¿Cree usted que Mary puede hacer daño á mi querida hija, á mi desgraciada Ellen: que tal vez ya no volveré á verla; cree usted que aquella miserable podrá adiestrarla en una vida de deshonra y de vergüenza?... ¡Oh, mister Holmes! por grande que sea mi culpa, por muy censurable que haya sido mi conducta para con esa mujer, no merezco, no merezco tanto. Caigna sobre mi cabeza el peso de su maldición y hasta de su venganza, pero no sobre la inocente de mis hijos...

El banquero se entregó á la más viva desesperación.

—¿Por qué supone usted en seguida lo peor? Amigo; es preciso que tenga usted valor... No estamos en América sino en un país de Europa, con leyes; además contamos con una policía bien organizada...

También yo estoy á sus órdenes...

¿Por qué, pues, entregarse á la desesperación? Sangre fría; esto es lo esencial; un hombre no debe nunca dejarse vencer por el pesar.

Estas palabras tranquilizaron algo al banquero, que se levantó bruscamente del sillón exclamando al tiempo que estrechaba la mano al gran detective:

—Tiene usted razón, mister Holmes. No quiero perder la serenidad; espero que el cielo no querrá castigarme por la falta que cometí en mi juventud.

¿Necesita usted alguna cantidad para averiguar el

paradero de miss Ellen? Como ya le tengo dicho, toda mi fortuna está á su entera disposición.

—Creo que podré evitar gastos de importancia—repuso Sherlock Holmes.—Además, ahora no se trata de dinero; lo que me conviene ahora es un medio para reconocer á la criminal.

¿No tiene usted un retrato de su antigua amante?

—Sí; creo que han de encontrarse algunos entre los papeles de aquella época. ¿Quiere usted acompañarme á mi despacho?

Ambos salieron de la habitación de Lizzie, atravesaron el pasillo y pasaron á la planta baja, donde tenía las oficinas la casa de banca.

Los dos caballeros entraron en el despacho particular de mister Markham.

Abrió el arca de caudales sacando de la misma un paquete de cartas, ya amarillentas por la acción de los años.

Entre las cartas había una fotografía; era la que buscaban, el retrato de Mary Milton, la comedianta del Broadway Theater, de Nueva York.

—Aquí la tiene usted—dijo mister Markham al gran detective entregándole la fotografía después de mirarla un instante.

—Supongo que aún podrá servirle. ¿Qué piensa usted hacer?

—Personarme en Scotland Yard. Tal vez puedan facilitarme algunas indicaciones.

Adiós, mister Markham; no pierda usted la serenidad. Espero poder aclarar el asunto muy pronto.

Se estrecharon la mano, y el detective salió por una puerta secreta, á fin de que ninguno de los numerosos empleados de la casa le vieran salir.

Legado á la calle, tomó un coche.

CAPITULO III

Una adquisición de valía

—Bienvenido, mister Holmes. ¿Viene usted á honrarnos otra vez con su visita?—dijo sonriendo el poli-

cía que estaba encargado de la custodia del álbum de criminales.

¿Quiere usted echar una hojeda á nuestra galería de bellezas?

—Conforme, mister Kipling—repuso el detective.—Si no tiene usted inconveniente, me distraeré un rato hojeando el álbum.

—Con muchísimo gusto, mister Holmes—replicó el funcionario.—No hay inconveniente alguno. Podrá usted apreciar, amigo, que la colección se ha aumentado mucho desde que no la ha visto usted. Continuamente se descubren nuevas estrellas en el cielo del crimen.

—Por desgracia—repuso Sherlock Holmes,—pues esos descubrimientos nos dan mucho que hacer.

Luego entró en la estancia donde había el voluminoso álbum conteniendo los retratos de los más temibles criminales de Inglaterra.

Contenía además, los retratos de gran número de criminales internacionales, conocidos de la policía de todas las capitales.

Mister Kipling dejó solo al detective, empezando éste á registrar el libro colosal, página por página.

El libro estaba dividido en varias secciones.

La de pick-pockets ó carteristas, sección de falsificadores, estafadores, asesinos, traficantes en carne humana, etc., etc.

Estas secciones estaban divididas en sub-secciones y clasificadas por años, sexos y hasta alfabéticamente, hasta donde lo permitían los datos recogidos.

Después de hojear el libro durante más de una hora, lo cerró el detective sonriendo satisfecho.

Había encontrado lo que buscaba.

La mujer verde, la ex comediante Mary Hewith se encontraba en la sección de las estafadoras internacionales.

Conforme había supuesto al ver el retrato, la había conocido más de diez años antes, pero no en el teatro ni como artista, sino como estafadora.

Había sabido engañar á muchos banqueros y á numerosos lords, sustrayéndoles cantidades importantes.

En aquel entonces había logrado escapar á Francia.

Una vez mister Holmes hubo conseguido lo que deseaba, quiso marcharse, pero mister Kipling le retuvo diciendo:

—No; no tan pronto, mister Holmes. Ya sabe usted que cuando se entra del lobo en la guarida...

—De fijo que allí se pierde la vida—repuso el detective completando la frase y golpeando al bravo Kipling en el hombro.—Tiene usted razón, aquí no se puede estar tranquilo. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Acaso tiene calambre el jefe de Scotland Yard?

—Apenas ha sabido que usted estaba aquí, ha ordenado...

—Y usted, naturalmente, no supo callarse.

—...me ha ordenado que mandara á usted á su despacho inmediatamente que hubiera terminado.

—¿Pues qué sucede?

—No sé, pero no pierda el tiempo; ya sabe usted que el jefe pierde pronto la paciencia.

El detective subió en pocos saltos la ancha escalera que conducía al primer piso, donde el jefe tenía su despacho.

—Por fin, mister Holmes—exclamó mister Gordon saludándole.—He querido aprovechar la ocasión de encontrarse usted en el edificio, para hablarle un rato. Tal vez le interese saber que un criminal de primera fuerza está ahora trabajando en Londres.

Vea usted, aquí tengo toda una colección de cartas de amenaza, y opino que el que las manda es una misma persona. Lo más raro del caso es que todas las amenazas van dirigidas á los hijos de aquellos á quienes escribe.

Y por doloroso que sea, hay que confesar que efectivamente, han desaparecido ya algunos jóvenes de la alta aristocracia, cuyos padres no se sometieron á las exigencias del ó de los criminales.

No menos raro es el hecho de que en estos días hayan vuelto á casa de sus padres algunas muchachas que fueron raptadas años ha. Parecen haber perdido completamente la facultad de la memoria.

Nuestro médico, mister Sherwood, pretende que

esto es consecuencia de inyecciones de algún veneno, á fin de que las raptadas no puedan denunciar á los criminales.

Aquí están las cartas.

Sherlock Holmes examinó minuciosamente las cartas que mister Mac Gordon le había entregado.

—En efecto—dijo al poco rato,—esta escritura parece proceder de la misma mano; creo conocer esta letra.

El funcionario le miró asombrado.

—Es usted el mismísimo diablo—replicó con envidia.—¿Pero será posible que otra vez nos quite usted la gloria? No parece sino que sea usted el *homo sapiens* por excelencia.

Encogiéndose de hombros, sonrió Sherlock Holmes.

—Gracias—contestó lacónicamente devolviendo las cartas.—Me han interesado en gran manera.

—¡Caramba! para que me dijera usted esto, maldito si valía la pena de haberle molestado. Esto ya lo sabía sin consultarle, mister Holmes—replicó el jefe de policía.—¿Ya lo creo que son interesantes estas cartas!... ¡Sí, señor; muy interesantes!... ¿Tiene usted alguna idea sobre la personalidad del criminal?

—Quizá.

—¿Entonces no nos negará usted su apoyo para cogérle?

Estoy ya trabajando en el asunto; por eso he venido á consultar el álbum de criminales.

—¿Ha encontrado usted allí á los que buscaba?

—No con certeza, mister Gordon.

—¿Se puede saber quién ó quiénes son?

—Lo siento mucho—contestó Sherlock Holmes;—pero quiero antes terminar mis investigaciones.

Por el momento me va usted á permitir que me marche, pues no tengo tiempo que perder. Adiós, sir.

Diciendo esto el gran detective se inclinó ante el jefe de Scotland Yard, y un momento después salía del despacho.

Ante la puerta le esperaba el coche en que había llegado.

—Brookstreet, 17—dijo al cochero, que fustigó al caballo.

Sherlock Holmes tenía deseos de conocer á madame Rager.

Cuantas veces lo había intentado hasta entonces, tuvo que desistir de sus propósitos atraído por otros asuntos que reclamaban su urgente intervención.

El negocio de la sibila debía ser muy productivo, pues de otro modo no hubiera podido alquilar una lujosa habitación en una de las calles donde solamente vivían millonarios.

La casa en que habitaba estaba edificada en forma de villa, y hacía esquina á una callejuela, por la que podían entrar las personas á quienes importaba no ser vistas.

La mayoría de las clientes eran muchachas entre los diez y ocho y los treinta años, enamoradas, que iban á consultar á madame Rager sobre la persona de su futuro.

Como es natural, madame Rager les prometía á todas verdaderos querubines en cuanto á físico, y por lo que respectaba á las virtudes, todos eran dechados, portentos de nobleza y cargados de oro.

Entre los concurrentes se contaban algunos juveniles á los que apenas empezaba á sombrear el bozo.

Las cartas sólo profetizaban cosas buenas.

Como consecuencia de ello y de la astucia de la mujer, todo el mundo salía contento de su casa, lo que explicaba que cada día aumentara la clientela.

—¿Está madame Rager en casa?—preguntó Sherlock Holmes á la vieja criada que salió á abrir la puerta.

—No, sir; ha salido de viaje.

—Lástima, lástima grande. ¿Cuándo volverá?

—Nada se sabe sobre esto.

—Lo siento porque traigo una noticia altamente satisfactoria para madame Rager.

—Tendrá usted que volver otro rato.

Sin esperar contestación, la gruñona vieja dió con la puerta en las narices del detective, desapareciendo rápidamente.

—Bueno, bueno—murmuró el detective.—Si no se

puede entrar por delante veremos de entrar por detrás.

Según he visto en el anuario de la capital, vive también en esta casa una rentista llamada Elize Brown; vamos á ver si esta es menos huraña.

Dió la vuelta al edificio, entrando en el callejón y penetrando en la misma casa, pero por la otra puerta.

Con gran satisfacción del detective salió á abrir la puerta vecina una muchacha joven y amable, que pocos momentos después le había presentado á una señora de edad avanzada, pero de aspecto venerable y altamente simpática.

—Ruego á usted mil veces que me perdone—exclamó el detective, accediendo á la invitación de la rentista de tomar asiento.—Debo decirla en primer lugar que desearía visitar á madame Rager, y no precisamente para que me echara las cartas, pues no creo en esas tonterías; mi visita tiene otro objeto; saber quién es una dama que usa un tupido velo verde, y que desde hace poco tiempo visita frecuentemente á madame Rager. Esa dama, muy esbelta, y que siempre oculta el rostro con el velo, á que me he referido, me parece muy sospechosa.

—Perfectamente, caballero; tiene usted razón—repuso emocionada mistress Elize Brown.—Parece muy sospechosa. Es la misma impresión que me ha producido desde el primer día que la vi.

Y á la verdad he de confesar que compadezco de todo corazón á la jovencita encantadora y de unos diez y ocho años que he visto estos días en su compañía.

Debe ser muy bondadosa la niña, pero faltada de experiencia, por lo que temo que se haya dejado caer en las redes de la maldad.

En cuanto á la adivina, caballero, francamente, me parece que no es menos criminal ni menos astuta que su cómplice.

Esta llevaba un denso velo verde con el que ocultaba sus facciones, pero no por eso he dejado de observar que tenía miradas de criminal.

Parece que fascine á sus víctimas.

—Conoce usted perfectamente el carácter humano, mistress Brown—repuso el detective con galantería—

y me figuro que la vecindad de madame Rager no la satisface mucho.

Supongo que la sibila recibe visitas sospechosas, como parece demostrarlo la de la dama verde.

—Veo que me comprende usted, caballero—contestó la dama satisfecha de poder hablar de su vecina.—¿Si no me equivoco, pertenece usted á la policía?

—No precisamente, pero algo por el estilo—respondió Sherlock Holmes.—De todos modos me importa saber dónde vive esa mujer misteriosa, en cuyo poder se encuentra la jovencita de diez y ocho años que usted ha visto.

—Creo que madame Rager la ha admitido en su casa lo mismo que á su cómplice, un hombre singularmente vestido, de unos veinticinco años, que parece dedicarse al teatro.

—Muy bien, señora; pero ¿por qué supone usted que esos dos personajes viven en casa de la adivina?

—Porque les he visto en la casa no solamente á hora muy temprana de la mañana, sino también por la noche, cuando ya madame Rager no recibe á sus clientes.

No cabe duda de que la pareja ha dormido en la casa, cuando menos, dos noches y aún se me antoja que los tres deben conocerse de mucho tiempo, pues se tienen gran confianza.

—¿Y ahora han salido juntos de viaje?

—Sí; de modo que si desea usted cogérselos, ha llegado tarde.

—En efecto, este es un contratiempo muy serio, pero tal vez pueda usted indicarme, señora, adónde han ido, y si estaba en su compañía la jovencita de diez y ocho años.

—Siento no poder contestar ninguna de las dos preguntas. Lo único que puedo decirle es que madame Rager y la mujer del velo verde junto con el hombre con cabeza de artista, salieron ayer noche á eso de las once.

Ante la puerta les esperaba un coche, cuyo número no recuerdo, pero tal vez podrá usted conocer otros detalles preguntando á la criada de Rager, la anciana

Besie, aunque le prevengo que se necesita mucho valor para acercarse á ella.

—Lo sé por experiencia, señora—repuso Sherlock Holmes.—Esa Besie es de difícil digerir. Hasta creo que agriará la leche cuando le dirija una mirada.

Mistres Brown soltó una carcajada.

—Y toma rapé, sir. Si puede usted ofrecerla tabaco, habrá usted conquistado su corazón. Puedo asegurarle que en este caso se volverá muy comunicativa.

—Pues de todos modos haré una tentativa—repuso el detective.—Muchas gracias por su amabilidad.

Después de despedirse cortésmente de la rentista, atravesó el descansillo de la escalera llegando delante de una puerta en la que había un letero diciendo: «Madame Ana Rager».

Llamó, acudiendo á poco la vieja Besie que retrocedió asustada al ver al detective.

Este había ya puesto el pie en el quicio de la puerta, de modo que era imposible cerrar.

—Dios guarde á usted, buena mujer; me recibe usted como si fuera una víbora—exclamó el detective sonriendo.—Permitame una pregunta solamente. ¿A dónde ha ido madame Rager en compañía de la mujer verde y del guapo joven? Como ya le he dicho, tengo una noticia importante que comunicarle.

Diciendo esto, sacó la elegante tabaquera, ofreciéndole rapé á la anciana.

Con una sonrisa de satisfacción, tomó la digna criada una porción de rapé que llevó seguidamente á las narices.

Siguió un fuerte estornudo.

—Dios le guarde—exclamó el detective aprovechando el momento para introducirse en la habitación.—¿Quiere otra toma?

Entonces comprendió la vieja que había sido engañada.

—¿Qué significa esto?—preguntó indignada.—¿Quién le autoriza á usted á entrar aquí?

—Yo—repuso Sherlock Holmes.—Debe usted saber, amiga, pero tome usted un poco más de rapé, le sentará bien; pues yo soy de la policía y ello me autoriza á entrar aquí. Voy á mirar un poquito las habitaciones, y le aconsejo que no se oponga usted.

Dió un empujón á Besie y penetró en la habitación más próxima.

Parecía ver el salón de la sibila.

Sherlock Holmes se encaminó directamente á uno de los rincones, donde había visto una maleta.

—¡Carama! Mistress Besie—exclamó—aquí veo un baúl. ¿Lo habrá olvidado madame Rager?

Lo levantó y examinó por todos lados.

—Pero veo que no es nuevo... y ha hecho ya muchos viajes... Adelaide, Singapore, Ciudad del Cabo, Marsella, Madrid... Madame Rager parece ser aficionada á los viajes.

¿Que no?—preguntó el detective á pesar de que la criada no había contestado.—Pues entonces debe ser de mistress Hewith, la dama del velo verde...

Besie se mordió los labios.

—No conozco á ninguna dama de velo verde—murmuró enojada.

—Es usted muy flaca de memoria, querida. Ha vivido en esta casa junto con un hombre con cabeza de artista. ¿No estaba también aquí miss Markham, la hija del banquero de Lyne Park?

La turbación de la vieja iba aumentando.

—¿Querrá usted hablar? ¿Dónde ha ido su ama?

—A París, donde tengo que mandarles los baúles.

—¿Es verdad eso?

—Lo juro—repuso Besie, que ante la energía del detective temía tal vez ser llevada á Newgate, la cárcel.

Maldición sobre mí si no digo la verdad—añadió.

—¿No sabe usted la dirección?

—Estación de Saint Lazare.

—¿De suerte que los bultos serán recogidos en la estación?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí la mujer del velo verde, y cuándo llegó?

—El domingo pasado.

—¿Dónde vivían ella y el caballero?

—En las habitaciones de aquí al lado.

—¿Hace tiempo que está usted al servicio de madame Rager?

—Más de quince años.

—¿Y la dama del velo verde no ha estado aquí anteriormente?

—Sí, señor; ¿pero no me encerrarán si digo todo esto?

—Todo lo contrario; dígame cuanto sepa sobre los tres. Cuanto más diga usted, más hará suponer que no es su cómplice, mientras que si se obstina en no decir nada, tal vez dentro de una hora se encuentre ya entre cerrojos.

—Por Dios, caballero; tenga compasión de una pobre anciana; sabrá usted cuanto sé—exclamó Besie.—La mujer del velo verde y madame Rager son hermanas.

—¿Y el joven con cabello de artista?

—Sobrino de madame Rager.

—¡Vaya una familia distinguida!—exclamó el detective.—Pero con esto no me dice usted nada de nuevo, pues todos esos antecedentes los conocíamos ya. Sólo lo he preguntado para ver si me decía la verdad.

Ahora dígame con franqueza: ¿La joven dama que ha sido vista con ellos ha ido también á París?

—No lo sé, caballero—contestó la anciana poniéndole la mano encima del corazón.

—Diga la verdad—gritó impaciente el detective.

—La digo; no le engaño.

—Corriente; pues de momento la dejo en libertad, pero mandaré vigilarla atentamente, y tenga usted en cuenta que al primer intento que haga de fugarse, caerá en nuestras manos. Si se demuestra que nos ha dicho la verdad, no la molestaremos, pero en caso contrario, ya verá usted la que le espera...

—Nada tengo que temer—repuso la vieja,—pues por mucho que sepan ustedes de malo sobre madame Rager y la mujer del velo verde, ninguna participación he tenido yo en los hechos.

—Mejor para usted. Adiós.

Disponiase á marcharse, cuando accediendo á una repentina ocurrencia, volvió atrás.

—¡Diablo!—murmuró;—olvidaba lo más importante. A ver lo que contiene el baúl.

Con gran asombro de la vieja, el detective trabajó

breves segundos con una de sus llaves universales, y el baúl quedó abierto.

—Bien—dijo,—tal como lo había supuesto; papeles de legitimación para todos los países, un frasco de vitriolo, pelucas, barbas postizas, en fin, todo lo que hace falta para el oficio.

Y dirigiéndose á la mujer, añadió:

—Voy á guardar este baúl en mi poder, de momento.

—¡Por Dios, caballero!—exclamó la vieja cruzando las manos.—Esto no puedo permitirlo en manera alguna. Tengo instrucciones severas de mandar el baúl hoy mismo sin falta.

—Esté usted tranquila que yo lo mandaré en lugar suyo—repuso el detective,—y tenga la seguridad de que su ama no sospechará que haya llegado á manos de la autoridad.

Antes de dar á Besie tiempo de contestar, Sherlock Holmes había tomado el baúl y salido de la casa, montando rápidamente en el coche que le esperaba.

Entonces se dirigió á su casa de Bakerstreet donde su ayudante debía esperarle con impaciencia. No quería continuar las averiguaciones en el caso Markham sin el concurso de aquél, que tan buenos servicios le había ya prestado.

Harry se había paseado impaciente por la habitación.

—¿No ha dejado nada dicho para mí?—preguntó malhumorado á la anciana mistress Bonnet, el ama de llaves del detective.

—Nada absolutamente—repuso la mujer.—A eso de las doce, poco después que usted hubo salido, vino á verme un caballero de buena estatura, que llevaba lentes de oro. Estuvieron hablando media hora, luego sonó la campanilla del teléfono con tanta fuerza, que del susto dejé caer algunos huevos que tenía en la mano, y cuando después entré en el despacho de mister Holmes, vi que habían ya salido. En aquel instante oí el rodar de un coche.

—Me sorprende—repuso Harry;—siempre acostumbra á dejarme algún recado para que sepa siquiera donde se encuentra.

—Veo que está usted muy preocupado hoy—dijo la vieja,—y esto es muy singular en usted.

—Tengo motivos. Ya sabe usted, mistres Bonnet,

Voy á hacer una visita á Scotland Yard; tal vez le encuentre allí.

Púsose el sombrero y un instante después había salido.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando volvió el detective con el baúl en la mano.



que no soy supersticioso, pero cuando se sueña la misma cosa durante tres noches seguidas, es evidente que da qué pensar; tal vez sea una advertencia de algo que ha de suceder.

—¿Y qué ha soñado usted, mister Harry?

—Que nuestro maestro corría grave peligro de muerte; estaba en situación desesperada. No puedo ni quiero relatar las escenas de horror que he visto soñando, pues no es el momento oportuno para ello.

Mistress Bonnet le explicó sonriendo la preocupación de Harry añadiendo que había ido á Scotland Yard en su busca.

—¡Pobre muchacho!—exclamó Sherlock Holmes.—¿Qué había de sucederme? ¡Bah! volverá pronto y podrá convencerse de que se ha preocupado inútilmente.

El gran detective se hizo traer una botella de vino, y cuando mistress Bonnet había salido para cumplir el

encargo, empezó a registrar el contenido del misterioso baúl.

El registro debió dejarle satisfecho, á juzgar por la triunfante sonrisa que se dibujaba en su semblante.

—¡ Ah! mister Gordon pagaría cualquier cantidad para tener en su poder este baúl con su contenido.

Cerró el baúl que dejó en un rincón, y sirvióse del exquisito vino.

Luego se acercó á la ventana para ver si llegaba Harry, y como no le viese, se dispuso á llamar por teléfono á la dirección de policía para saber si su ayudante estaba allí. Pero en el momento de retirarse de la ventana, vió al extremo de Bakerstreet una figura que le interesó sobremanera.

CAPITULO IV

El falso colega

Después que el detective salió de casa de la adivinación cargado con el baúl, mistress Besie cayó rendida en un sillón.

Comprendió que había sido engañada y que había cometido una falta irremediable dejando entrar en el piso al desconocido que acabó por darse á conocer como miembro de la policía.

Se desesperaba pensando lo que diría su ama. El baúl debía interesar extraordinariamente á la autoridad.

Madame Rager la echaría á la calle; esto estaba fuera de duda, aunque tal vez no se atrevería á hacerlo, pues mistress Besie estaba demasiado al corriente de los secretos de madame Rager y podría traicionarla.

Reflexionando estaba cómo podría salir en bien del aprieto, cuando sintió que alguien la tocaba por la espalda.

Al volverse aterrada, vió que estaba delante del hombre que acompañaba á la mujer verde, y que se había presentado en la casa como sobrino de madame Rager.

—Oiga, Besie—dijo sin aliento y bañado en sudor, pues había corrido mucho.—¿ Ha estado alguien aquí?

—Primeramente haga el favor de decirme cómo ha podido usted penetrar aquí—repuso la vieja que había recobrado algo su aplomo.

—Por la callejuela. He visto que una de las ventanas estaba abierta, y he aprovechado la ocasión para colarme en el piso sin ser visto. Es una imprudencia imperdonable dejar abierta aquella ventana. ¿ Quién estaba aquí? He oído que estaba usted hablando con alguien.

De un salto trasladóse al rincón donde había dejado el baúl.

—¡ Mal rayo la parta!... ¿ Dónde está el baúl?—exclamó.—¿ Lo ha mandado usted al ferrocarril?

La vieja movió la cabeza negativamente.

—Pues en este caso debe estar aquí—repuso el hombre suspirando aliviado.—He venido precisamente á buscarlo, pues ha sido una imprudencia dejarlo aquí.

Necesito algunos documentos. Venga el baúl. Dígame dónde lo guarda.

—Mister Milton; el baúl no está en casa—contestó la vieja.

—¿ Cómo?—exclamó Milton, mirándola desconfiado.—Me ha dicho usted que no había expedido el baúl... ¿ Es que lo ha entregado al hombre que estaba aquí hace un momento, y con el cual la he oído hablar?... ¿ Era un mozo de cuerda?

—No, mister Milton. Si hubiera sido un mozo de cuerda estaría contenta.

—¡ Pero diablo! usted no habrá entregado un baúl de tanto valor á un individuo cualquiera; eh?—exclamó el joven furioso llevándose la mano al cabello abundante y largo que le daba aspecto de artista.

—Era alguien de la policía—murmuró Besie.—No me ha quedado más remedio que entregarle el baúl. ¿ Qué iba á hacer yo, una mujer débil y vieja contra un hombre? Si no le hubiera entregado el baúl, me hubiera llevado á la delegación.

—¡ Rayo de Dios!... ¡ Vaya una mujer estúpida!...—gritó el hombre apretando los puños.—¡ Motivo hay

para cortarle la cabeza!... No podía usted hacer mayor disparate...

—Si, eso es; ahora es muy fácil chillar y maldecir—repuso la vieja.—¿ Por qué no se llevó usted la maleta si tiene tanto valor? ¿ Por qué no entró usted en seguida por la ventana para ayudarme á deshacerme del hombre? Usted dice haber oído su voz. En vez de chillarme de tal manera, mejor haría usted en seguir al hombre y quitarle el baúl; sólo he de decirle que está perfectamente enterado de que ha estado usted aquí con la mujer verde y la jovencita. Dese prisa; puede alcanzarle todavía.

El joven vaciló un momento indeciso; por fin comprendió que la mujer tenía razón, y echó á correr como un loco en persecución del supuesto policía.

Al salir de la casa vió que en la próxima esquina desaparecía el coche en que iba el hombre del baúl.

Tomó rápidamente otro carruaje y salió escapado en persecución del primero.

Un poco antes de llegar á Bakerstreet mandó parar al cochero, que había sabido conducirlo con tanta maestría, que el detective no se había dado cuenta de que le seguían.

Apenas había visto Milton que Sherlock Holmes entraba en la casa, cuando entró él también. Estaba decidido á arrojarle sobre el ladrón, y recuperar su propiedad. Los papeles que allí se encerraban no debían caer en manos importunas.

Al entrar en la casa vió que el ladrón del baúl había ya subido la escalera.

Un instante después oyó cerrar una puerta.

Maldiciendo subió también él la escalera para saber, por lo menos, quién era el atrevido que se había presentado á Besie como agente de policía.

¿Cuál no sería su sorpresa al leer la placa de la puerta que decía: «Sherlock Holmes»!

—¡ Rayo de Dios!—murmuró rechinando los dientes.—¡ Este me faltaba! ¡ Sherlock Holmes!... ¡ Adios esperanzas!... porque lo que este pájaro coge no lo suelta con facilidad.

Quiso dar por fracasado su intento y volver á su casa, cuando de pronto le ocurrió una idea luminosa.

—No puedo marcharme sin intentar cuando menos recuperar lo que es de mi propiedad. Puesto que aquí la fuerza á nada conduce, no me queda otro recurso que probar de vencerle por la astucia.

Meditó un instante; luego tuvo formado su plan. Sin titubear se acercó á la puerta y tocó el timbre. Después de algunos instantes apareció el semblante risueño de mistress Bonnet.

—¿ Qué desea usted, caballero?

—¿ Está en casa mister Sherlock Holmes?

—¿ Para qué asunto?

—Particular.

—Haga el favor de pasar.

El desconocido entró.

Sherlock Holmes parecía absorto en la lectura de *The Times*.

Estaba apurando una copa del delicioso Málaga, que mistress Bonnet le había servido.

Al ver al recién llegado, dejó el periódico y se levantó.

—¿ Qué me proporciona el honor?...—preguntó cortésmente al visitante que se inclinó con cortesía.

—Le pido mil perdones, señor colega, si le molesto—repuso Milton.—Aprovechando la ocasión de tener que pasar por Londres, no he querido privarme de la satisfacción de testimoniarme mi admiración al detective más célebre de nuestros tiempos.

—¿ Usted colega?—preguntó Sherlock Holmes con una sonrisa, tendiéndole la mano.—Tengo, pues, una verdadera satisfacción de poder saludarle en mi casa. Haga el favor de tomar asiento.

Permítame ofrecerle una copita de vino...

—¡ Oh! es usted muy amable—repuso Milton aceptando el vino.

Sherlock Holmes se había fijado atentamente en las facciones del visitante.

El hombre le había interesado en gran manera desde el primer instante.

Era el mismo que había visto aparecer al extremo de Bakerstreet, cuando se había asomado á la ventana, y que ya entonces le había llamado la atención poderosamente.

No había duda; aquel hombre no podía ser otro que el cómplice de la mujer verde, del de que mistress Brown le había hablado.

Su aspecto era el de un artista, vestía traje extravagante y contaba unos veinticinco años. Aquel era uno de los cómplices de la desaparición de miss Ellen Márkham.

¿Cómo había llegado el criminal á la casa del detective?

Lo único que había suponer, era que había observado como Sherlock Holmes entraba en su casa llevando el baúl.

El gran detective tuvo que hacer un esfuerzo para seguir fingiéndose engañado, mientras que interiormente se admiraba de la sangre fría de aquel hombre de presentarse en su misma casa como colega.

De todos modos le interesaba mucho la comedia que iba á representar.

El visitante vació la copa con lentitud; sin duda estaba combinando sus planes.

—¿Y hace mucho tiempo que está usted en Londres, señor colega?—preguntó Sherlock Holmes.—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo aquí ó está solamente de paso?

—Mi estancia aquí depende de las circunstancias—repuso Milton.—Acabo de llegar; no tengo aún casa ni fonda. No he hecho más que desembarcar.

—¿Según eso viene usted del Nuevo Mundo?

—En efecto.

—¿Para asuntos de profesión?

—Justamente. Estoy persiguiendo la pista de una criminal sumamente peligrosa que supongo en Londres, y ya que la capital me es desconocida, le agradecería que tuviera la bondad de ilustrarme con sus consejos ó guiar mis investigaciones.

—Muchas gracias por la confianza, querido colega, pero estoy sumamente ocupado de momento. ¿Propósito; ¿cómo he de llamar á usted?

—Mi nombre es Stephenson—contestó el visitante inclinándose ligeramente.—Perdone que había olvidado de presentarme.

¿Pues dice usted que está muy ocupado? Ya podía figurármelo.

Después de un momento de pausa, volvió á decir Milton.

—¿De manera que no hay esperanzas de que me ayude usted? En verdad que es lástima, mister Holmes. Es un asunto muy importante el que me ocupa, y con el cual puede ganarse una fortuna.

—En este caso deme algunos detalles. Veremos; tal vez encuentre algunos momentos para usted. Recuerdo que durante mi estancia en América, me complacieron ustedes cuanto pudieron, y una atención bien merece otra.

—Perfectamente—repuso el supuesto colega levantando el vaso con mal disimulada alegría.

Se trata—prosiguió en tono ceremonioso—de la detención de una mujer que se dedica á la trata de blancas, y que es activamente buscada por las autoridades de ultramar. La vengo persiguiendo desde Texas. Esa mujer ha viajado por toda la América y en todas las plazas de alguna importancia sostiene relaciones.

Vino de San Francisco, que como usted sabe es el mercado más importante de blancas.

Mistress Walker, que así se llama, cruzó mi camino en Kansas; de allí marchó á Boston, Filadelfia y finalmente Nueva York, donde se me escapó en el preciso momento en que quise detenerla.

Figúrese usted, señor colega, si será lista; he venido en el mismo buque que ella y... parece mentir... no la he reconocido hasta el momento de desembarcar en Londres.

—Es extraño, muy extraño—repuso el gran detective conteniendo la risa, aunque aparentemente había escuchado con gran atención.—¿Y cómo reconoció usted por fin á la mujer fantasma?

—Por su velo de color verde que se puso al tomar un coche, desapareciendo rápidamente.

—¿Un velo verde?—preguntó Sherlock Holmes.

—Sí, mister Holmes; por ese velo la he reconocido ya varias veces; parece sentir extraña predilección por el tal velo.

Al embarcar debió darse cuenta de que me llamaba la atención el citado detalle por cuanto en todo el viaje no se lo ha puesto, pero siempre ha llevado la faz cubierta.

—¿Y no la reconoció usted por su figura?—preguntó Sherlock Holmes con malicia.

—No, sir; y esto es lo extraordinario en esa mujer. Cambia de estatura y de color con la misma facilidad que de camisa. Unas veces se presenta alta y delgada como un espárrago, otras, gruesa como un tonel. Además sabe modular y cambiar el timbre de la voz.

—La dama debe, pues, ser única en el mundo—repuso Sherlock Holmes.—Nada, señor colega; esa fulana me interesa; soy de su partido; la encontraremos, se lo aseguro.

—No lo dudo si usted quiere ayudarme.

—¿Tiene usted algún indicio sobre el paradero de la mujer del velo verde?

—Sí; tengo mis suposiciones. He tenido la suerte de verla en una calle de esta capital, por pura casualidad. No sé cuál es el nombre de la calle, pero me he fijado bien en los alrededores, y reconoceré la casa.

—Pues podemos salir juntos en busca de este fenómeno, mister Stephenson; estoy á sus órdenes.

—Le agradezco su complacencia, colega—replicó el fingido americano levantándose.

De pronto se acercó al baúl que estaba en aquella habitación.

—¿Es este su equipaje, mister Holmes?—preguntó inclinándose un poco y leyendo los papeles.—¡Caramba! Veo que ha viajado usted mucho.

—No es mío—contestó Sherlock Holmes fijándose en el visitante.—Pero vamos, mister Stephenson; no puedo perder tiempo.

—Sí, vamos—se apresuró á decir Milton.—Cuando guste.

Al llegar á la puerta de la misma habitación, Sherlock Holmes se detuvo.

—Permítame un momento, señor colega. Quiero llevarme algunos cigarros.

Con estas palabras se fué á la habitación contigua, no solamente para proveerse de algunas armas y de un frasquito conteniendo un líquido negruzco, sino para atisbar por el ojo de la cerradura y vigilar al falso colega mientras estaba solo.

El gran detective no pudo menos de sonreír al ver

que aquél aprovechaba el momento de su ausencia para acercarse rápidamente al baúl é intentar abrirlo.

Sherlock Holmes le dejó que trabajara algunos segundos, volviendo á la habitación en el preciso momento en que Stephenson iba á dar cima á su propósito.

Como un rayo se levantó Milton, ó sea Stephenson, fingiendo admirablemente la mayor indiferencia.

Sherlock Holmes le ofreció un habano.

—¿Estamos, señor colega?

—*All right, sir.*

Ambos abandonaron la estancia.

Antes de salir á la calle, acercóse el detective á mistress Bonnet diciéndola que encargara á Harry que no se moviera de la casa hasta que él volviera.

—Que me espere aquí—dijo.—Creo que dentro de pocas horas estaré de vuelta.

—Está bien, mister Holmes—repuso la anciana.—Le diré que espere.

—Sí, cuando vuelva, tendré que hablarle de un asunto muy urgente que hemos de ultimar hoy mismo.

Adiós, mistress Bonnet.

Sherlock Holmes bajó la escalera con su visitante; al llegar á la calle subieron á un tranvía que se dirigía á la parte Este.

Al cabo de una media hora llegaron al barrio donde debía encontrarse, según mister Stephenson, la calle á que había ido la mujer del velo verde.

Era el barrio más miserable y peligroso de Londres; allí anidaban los profesionales del crimen y del vicio.

La callejuela donde según indicación de Milton debía estar la mujer, era la más oscura y tortuosa.

Stephenson buscó ó fingió buscar un rato; luego indicó una casa vieja, sombría, provista de oscuros pasillos y cuyas ventanas estaban cerradas.

—Aquí era, mister Holmes; en esta casa ha entrado.

Un momento después penetraron los dos en el patio de la casa, sucio y envuelto en tinieblas.

CAPITULO V

En situación apurada

Pocos momentos después de haber salido de su casa Sherlock Holmes con el sospechoso visitante, llegó á ella Harry Taxon.

—¿Aun no ha vuelto el maestro, mistress Bonnet? —preguntó al ama de llaves.

—Ahora mismo ha salido con otro caballero, y por lo visto llevaban mucha prisa. Mister Holmes me encargó que dijera á usted que le esperase aquí, pues volvería pronto. Tiene que hablarle de un asunto urgente.

—Tengo mala suerte hoy—replicó Harry.—Parece que juguemos al escondite. ¿No le ha dicho usted que fuí á Scotland Yard en su busca?

—Sí, mister Harry, y se disponía á llamar por teléfono para preguntarle por usted, cuando recibió la visita, distrayéndose luego.

—¿Quién era el visitante?

—No he podido orientarme bien, pero me ha parecido un comediante. Su apariencia era de artista.

Y he de confesar que me quedé sorprendida cuando oí que el joven, que no contaría más de veinticinco años, saludaba al maestro como colega suyo.

Mister Holmes le recibió con la amabilidad que le es peculiar, pero antes de salir de su despacho, pude ver que sonreía de una manera harto significativa.

Me pareció que mister Holmes no estaba convencido de la personalidad del visitante. Yo, tampoco, francamente; creo, mister Harry, y perdone los malos pensamientos, que aquel hombre lo era todo menos detective.

No tan sólo no tenía el aspecto de tal, sino que hice en él un descubrimiento extraño.

—Tengo curiosidad, mistress Bonnet, en saber qué es lo que ha descubierto.

—Pues como el visitante en cuestión me parecía algo sospechoso...—repuso mistress Bonnet ruborizán-

dose,—no pude menos de echar una mirada por el ojo de la cerradura en el momento en que mister Holmes estaba en el cuarto de las armas, y vi que el hombre se acercaba á aquel baúl procurando abrirlo, lo que hubiera conseguido seguramente si mister Holmes no hubiera vuelto aquí en el momento oportuno.

Harry se acercó al baúl, levantándolo.

—¿Cómo ha venido este baúl aquí?—preguntó Harry sorprendido.

—Mister Holmes lo trajo momentos antes de llegar el visitante, y debe contener algo importante, pues vi que mister Holmes lo registraba detenidamente.

—¿Tendrá este chisme alguna relación con el visitante?—se preguntó Harry preocupado.

¿No le dijo el maestro á donde se dirigía con el colega?

—No, mister Harry; quizá lo ignoraba.

—Está bien; pues esperaré pacientemente hasta que vuelva, pero entretanto quisiera tener algún alimento. Tengo más hambre que un lobo.

—¿Quiere usted rosbif?

—Y no muy pequeño. Vea usted de paso si sobra media botella de aquel vinillo que supongo habrán bebido los dos; en tal caso, no me vendría mal.

Pocos momentos después Harry daba cuenta del succulento manjar.

Luego tomó un periódico y estuvo leyendo hasta el anochecer, pero entonces empezó á inquietarse, paseándose nervioso por la habitación.

De vez en cuando se acercaba á la ventana para mirar á la calle, donde los faroles ya estaban encendidos.

El maestro se hacía esperar demasiado.

Harry se acordó de sus fatídicos sueños de las últimas noches.

¿Habría sucedido algún percance al gran detective?

Sherlock Holmes acostumbraba á cumplir su palabra, y toda vez que había dicho que volvería pronto para hablar de un asunto urgente que había que ultimar el mismo día, algo extraordinario debía haberle sucedido.

Decidido estaba Harry sobre lo que debía hacer, cuando oyó llamar á la puerta.

Suspirando, aliviado, corrió á la misma para ver quién llegaba.

El que había llamado no era Sherlock Holmes sino un empleado de telégrafos que era portador de un telegrama por el interior.

—¿Mister Harry Taxon?—preguntó el empleado entregando el telegrama al joven detective.

Este lo abrió rápidamente.

«No puedo aún volver á casa; quizá tenga que salir de viaje. Recuerdos.

»*Sherlock Holmes.*»

Tal era el texto del telegrama.

—Cuando menos, una señal de vida—exclamó el joven algo más tranquilo. Luego, añadió dirigiéndose á mistress Bonnet.—Pero podía haberme dicho á donde va, y cuando piensa regresar.

—En efecto, mister Harry—repuso la vieja sirvienta.—Nunca mandó el detective telegramas como éste.

—Tiene usted razón, querida. Esta misiva del maestro, me huele mal. ¿Y si no fuera suyo? ¿Y si lo hubieran mandado los criminales para impedir que yo me pusiera en su persecución?

Harry, cada vez más inquieto, se paseaba por la habitación.

—¿Sabe usted, mistress Bonnet—dijo después de una pausa,—que su idea me tiene muy preocupado, que otra vez temo que mis horribles sueños se conviertan en realidad?

—¿Quién cree en los sueños!—replicó mistress Bonnet.—¡Muchas veces he soñado yo que sería millonaria, y vea usted si ha resultado verdad!

Pero me contento con mi suerte, pues vivo tranquila y feliz. Ustedes son muy amables y me tratan bien, de modo que no puedo quejarme. Sólo que en esta casa no se puede vivir con tranquilidad; siempre andan ustedes en busca de aventuras.

Verdad es que, á Dios gracias, hasta ahora todo ha salido bien, pero... pero algún día puede ocurrir una desgracia.

—Usted quiere decir, mistress Bonnet, que tanto

va el cántaro á la fuente que llega un día en que se rompe. Puede tener usted razón. Esta vez tiemblo por la seguridad de mister Holmes.

—¿No quiere usted avisar á los señores de Scotland Yard de la tardanza del maestro?—preguntó la anciana.

—No, no, de ninguna manera—apresuróse á contestar Harry.—Esto no me lo perdonaría el maestro. Usted sabe bien que la amistad de mister Holmes con los de Scotland Yard, no es tanta como parece.

Además, es innegable que el maestro no ha sacado ningún provecho de los de Scotland Yard; al contrario, siempre han sido ellos los que han sabido aprovecharse de los servicios de mister Holmes. No; no me perdonaría haber mezclado á la policía en sus asuntos.

Esto no lo haré más que en último recurso.

Mistress Bonnet acabó por darle la razón.

Apenas la sirvienta le había dejado otra vez solo, Harry, siguiendo los impulsos de su impaciencia, se acercó otra vez al baúl tratando de abrirlo.

—No puedo deshacerme de la idea de que este baúl es el motivo por que mister Holmes no vuelve á casa esta noche.

El maestro le trajo momentos antes de llegar el hombre de la cabeza de artista...

Durante la ausencia del detective, aquél quiso abrirlo...

El contenido debía, pues, interesarle...

¿Será posible que el supuesto señor colega solamente haya venido por el baúl? ¿No es lógico suponer que el equipaje le pertenezca y que Sherlock Holmes se apoderó del mismo esperando poder descifrar algún misterio?... ¿tal vez un crimen?

—No puedo resistir; voy á abrirlo. El maestro me perdonará si le digo que no ha sido por curiosidad, sino por que temo por él. Tal vez el contenido del baúl me explique su ausencia.

Con ayuda de una ganzúa abrió el baúl.

Examinó el contenido que se componía principalmente de escrituras que el joven Harry leyó uno á uno.

A medida que profundizaba en su examen, aumentaba su asombro.

—¡Canario!—murmuró;—parece que se confirman mis temores.

Aquí tengo las pruebas de que el maestro ha descubierto una importante pista de una banda de criminales. Tal vez ha salido con el desconocido para seguir esta pista.

—¿No sería conveniente ahora avisar a los de Scotland Yard?

Cerró entonces el baúl, sentándose en una silla para reflexionar sobre lo que debía hacer.

Sostenía una violenta lucha interiormente.

Repetidas veces salió de la habitación, pero cambiando de intento, había retrocedido volviendo a la silla.

—No, no—se decía;—no debo entregar estas preciosas pruebas a la policía.

Esperaré... aunque me cueste gran esfuerzo hacerlo.

Así transcurrieron las horas, hasta que el joven Harry quedó profundamente dormido en la misma silla.

Cuando despertó los rayos del sol penetraban en la habitación.

Mistress Bonnet le había despertado.

—¿Pero no se ha acostado usted?—preguntóle asombrada.—¿ Toda la noche la ha pasado usted en la silla?

—Efectivamente, mistress Bonnet; yo mismo me admiro de encontrarme en esta situación.

¿ Ha vuelto mister Holmes?

—No.

—¿Qué hora es?

—Faltan pocos minutos para las diez.

—¡Imposible!—exclamó Harry dando un salto.—

¿ Y no ha vuelto aún? ¿ Ha venido ya el correo?

—Sí.

—¿ Y ninguna carta suya?

—No; no queda otro remedio que avisar a la policía, mister Harry. Usted solo no puede buscar por toda la capital a nuestro célebre maestro.

Debe haberle ocurrido algo...

Mister Holmes tenía la intención de volver muy pronto ayer; tal vez se encuentre en peligro.

—Esperaré otro rato. No es imposible que me haya mandado el telegrama de ayer y que haya tenido que salir de viaje.

Otra vez resignóse Harry a esperar si volvía su amado maestro.

A las once y cuarto no quiso esperar más.

—Mistress Bonnet—dijo tomando el sombrero,—tiene usted razón; voy a avisar a la policía y todos los agentes libres de servicio serán inmediatamente movilizadas.

A pesar de lo serio de la situación me da risa solamente de pensar la cara que pondrá mister Mac Gordon. Bien sé que en el fondo sentirá cierta alegría ante la posibilidad de que el incomparable Sherlock Holmes haya caído en alguna trampa, pero no por ello dejaré de hacer lo humanamente posible para salvar al maestro, si es que hay salvación aun.

Apenas hubo terminado su peroración, cuando fuertes y repetidos campanillazos en la puerta de entrada le sobresaltaron.

—¡Canastos!—exclamó Harry corriendo a la puerta.—¡Ese debe ser un loco!

Abrió la puerta y vio con gran asombro a un joven que llevaba el cabello muy largo. Tenía en la mano un sombrero muy sucio y viejo.

El hombre estaba pálido como un cadáver, en los ojos brillantes se reflejaba el espanto y venía bañado en sudor.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó Harry con brusquedad al misterioso desconocido que parecía ser ruso.

El preguntado balbuceó algunas palabras de las que Harry no comprendió una sola.

De repente se le ocurrió la idea de que aquel hombre podía ser enviado de Sherlock Holmes.

Cogiendo entonces al supuesto ruso por el brazo, le introdujo en la habitación.

El hombre volvió a pronunciar algunas palabras en el mismo idioma extraño.

Esta vez, como la anterior, Harry se quedó sin entender ni una sílaba.

El joven desconocido estaba turbado.

—¿No me comprende usted?—preguntó por fin en ruso.

—¿Pero qué diablo dice este hombre?—murmuró Harry.

—¡Prisa... prisa... suyo amigo!...—dijo el ruso.

Entonces comprendió el joven detective. Algunas veces su maestro había usado la palabra amigo al hablar de Harry.

Luego era verdad; su amigo, el maestro, estaba en peligro y había que correr en su socorro lo más pronto posible.

—Vamos—añadió el ruso en mal inglés, sacando el reloj, y señalando primeramente la aguja de los minutos, luego la hora de las doce.

—Mediodía... prisa... prisa...

Harry sabía lo que quería decir el ruso.

Quería significar que faltaban diez minutos para las doce y que a medio día en punto tenían que estar en el sitio en que se encontraba Sherlock Holmes.

Un solo minuto de retraso podía ser causa de la muerte del tan célebre detective.

¿Pero dónde estaba Sherlock Holmes?

Lo que más importaba era salir a la calle. Lo demás ya vendría luego.

Harry era presa de gran emoción. No sabía ni lo que había sucedido ni a dónde le llevaría el ruso; además no se le ocurrió ningún medio para hacerse entender de éste que no sabía una palabra de inglés.

La situación era desesperante.

Tal vez era toda una farsa y de lo que se trataba era hacerle caer a él también en una celada... El ruso tenía un aspecto que no era muy a propósito para infundir confianza. Pero de todos modos había que arriesgar el todo por el todo; de cualquier modo era necesario exponer la vida para salvar quizá la de su maestro.

Al llegar a la calle el ruso echó a correr saltando a un tranvía en marcha, con tanta ligereza, que Harry tuvo que hacer un esfuerzo para alcanzarle.

Al llegar a la estación del metropolitano, bajaron del tranvía para tomar el tren que partía para el Este de la ciudad.

Después de pasar por algunas estaciones, el ruso hizo una señal a Harry para que se preparara. Un instante después se habían apeado; en dos saltos subieron la escalera y salieron a una plaza donde, sin entretenerse, volvieron a correr subiendo a un coche de punto para reanudar su loca carrera.

—Harrysonstreet, 40—gritó el ruso en su idioma.

El cochero, que no sabía más ruso que Harry, se encogió de hombros, pues no había entendido el número de la calle. Miró a Harry como consultando.

Este procuró hacer entender a su guía que diera el número por señas.

Por fin el ruso levantó cuatro veces los diez dedos de la mano.

—Cuarenta—exclamó Harry,—Harrysonstreet, 40, aprisa, cochero, aprisa.

El cochero tomó las riendas.

Harry consultó el reloj. Tanto él como el ruso temían llegar tarde.

El desconocido repitió a su vez varias veces: Prisa... prisa... luego se dejó caer en el asiento, rendido.

Al cabo de un momento cogió a Harry por el brazo, y señalando a las doce, dijo:

—Amigo muerto.

—¡Cochero!—gritó Harry con la faz descajada;—corra, corra cuanto pueda; hemos de llegar antes de las doce. Por Dios, dése prisa... No importa que reviente los caballos y destruya el coche... ¡le pagaré el doble de su valor!...

Estas palabras surtieron efecto.

El cochero golpeó fuertemente a los caballos, que echaron a correr velozmente.

Afortunadamente el hombre que iba en el pescante era muy experto, pero con todo fué un verdadero milagro que con la animación que había en las calles, no ocurrieran desgracias.

Varias veces pasó el coche rozando automóviles y ómnibus, y de pronto se encontró en medio de una procesión de bomberos...

Por fin llegaron a una calle obscura, cerca del Támesis.

—¿Qué número?—volvió a preguntar el cochero.

—Cuarenta—repitió el ruso en su idioma.

Harry, que también había olvidado el número por la fuerte emoción sufrida, volvió á dar á entender al ruso que indicara el número con los dedos.

Por fin se paró el coche delante del número 40.

Después de alargar al cochero dos monedas de oro, Harry echó á correr detrás del ruso que había ya entrado en la casa, y atravesaba un sucio patio. Tan oscura era aquélla que á pesar de ser cerca del mediodía, había algunos farolillos encendidos.

Embocaron en un pasillo, y después de atravesar un segundo patio subieron una vieja escalera de madera que les condujo al último piso, en el desván.

Pasaron por delante de un sinnúmero de puertas tras las cuales se albergaba la miseria.

Oyeron gritos y lamentos de niños, gritos de mujeres, alboroto y risotadas de hombres borrachos...

La escalera terminaba en el quinto piso.

Harry miró el reloj; faltaban dos minutos para los doce.

Llegaban en el último momento.

El ruso abrió una puerta. Atravesaron una azotea, aquél tocó una piedra determinada, y de pronto cedió el muro.

Pasaron un corredor cubierto que les condujo á la casa vecina, cruzaron algunas habitaciones sin amueblar y desiertas, y por fin llegaron á una estancia que parecía el taller de un pintor.

Con una rapidez increíble el ruso abrió de par en par una puerta de hierro.

Harry lanzó un grito de espanto.

En el centro de la habitación, en cuyo techo había una enorme baldosa, estaba Sherlock Holmes.

Estaba atado á un recio madero clavado en una tarima, con gruesas correas que le atenazaban la carne de tal modo que no podía moverse.

El ingenioso detective parecía un cadáver.

Tenía el rostro hundido y pálido, los ojos mortecinos y la cabeza reclinada sobre el pecho. En la boca se veían huellas de sangre.

En las manos y los pies tenía atados enormes pesos que colgaban hacia el suelo de manera que man-

tenían las extremidades en una tensión horrible amenazando romper los nervios y las venas.

En el techo se había dispuesto un grueso tablón del que pendía una cuerda delgada, pero muy resistente, y sometida á un procedimiento especial para que fuera fácilmente inflamable.

En la cuerda había atado un peso de cien kilos suspendido á dos metros, y precisamente encima de la cabeza del detective.

Era un espectáculo horrible.

Harry se estremeció. Una lupa de colosales dimensiones dispuesta debajo de la transparente baldosa recogía los rayos solares concentrándolos en un solo punto con tanta potencia que quemaba como fuego. A las doce en punto el punto concéntrico de la lupa había de ceder al enorme peso de hierro para caer y aplastar la cabeza del célebre Sherlock Holmes.

Los instantes eran preciosos; había que proceder con rapidez y no había tiempo de desatar á la víctima. El rayo de fuego de la lupa rozaba ya la cuerda.

Harry se acercó de un salto á uno de los extremos de la tarima, y haciendo una enérgica señal al ruso, pasó éste á la parte opuesta.

Reuniendo sus fuerzas y después de muchos esfuerzos, consiguieron, por fin, apartar algunos centímetros la tarima y con ella al detective hasta ponerle fuera del alcance del peso.

Aún estaban trabajando en su humanitaria tarea, cuando cayó el hierro rozando la cabeza de Sherlock Holmes é incrustándose en el suelo con estrépito.

El ruido producido debió hacer volver al prisionero en sí de su letargo.

Al ver á Harry á su lado, sonrió débilmente; el joven se apresuró á soltar los otros pesos que pendían de las extremidades.

Con igual rapidez cortó luego las correas que le magullaban el cuerpo. Apenas se vió libre el detective tendió los brazos á su salvador, y pidió agua.

Disponíase á salir el ruso en busca de agua, pero Sherlock Holmes dió una mirada á Harry significándole que no le dejara salir.

El joven consiguió retener al ruso.

En substitución del agua, Harry sacó del bolsillo una botellita de brandy que devolvió en parte las fuerzas al gran maestro.

Después de algunos minutos pudo tenerse en pie.

—Gracias, hijo—exclamó.—Has llegado en el último momento. A llegar un segundo más tarde, sería ya cadáver.

Entonces el detective se sentó en una silla, y empezó á friccionarse fuertemente los entumecidos miembros que casi estaban rígidos.

—Ha sido una noche horrible, Harry—exclamó luego estremeciéndose.—Más de diez y ocho horas he permanecido en esta posición.

—Pero ¿cómo pudo usted llegar á tan desesperada situación, maestro?

—Yo mismo no acabo de comprenderlo.

—¿Supongo que habrá usted venido aquí con el señor colega de quien me habló mistress Bonnet?

—Justamente, amigo; el infame ha conseguido tenderme una red. Probablemente has pasado por la casa del lado para llegar hasta aquí y has atravesado un desván, ¿no es eso?

—En efecto.

—Pues bien; al pasar yo por allí, desde un rincón obscuro, un miserable se arrojó sobre mí golpeándome en la cabeza con tal violencia, que caí al suelo sin sentido.

—Cuando volví en mí, me encontré en la situación en que me has visto.

Vi encima de mi cabeza este cristal cóncavo y el peso y, naturalmente, comprendí lo horrible de mi situación.

Mas por si hubiera tenido alguna duda sobre la suerte que me estaba reservada, pronto me dieron las necesarias explicaciones.

La dama del velo verde, de la que te hablaré luego, estaba á mi lado; ella me advirtió que á las doce en punto del día de hoy, moriría destrozado por el hierro que ha caído junto á mí.

—Pero maestro, ¿por qué no dejó usted dicho dónde podía encontrarle? En el telegrama que usted mandó y que recibí anoche, no decía nada de esto.

—¿Un telegrama?—preguntó Sherlock Holmes sonriendo.—No pude mandártelo. Entonces me encontraba ya en esta maldita habitación esperando la muerte en una situación tan horrible, que hasta ese joven se ha movido á compasión.

—¿Cómo consiguió usted conoverle y darle mi dirección?

—Una mirada me bastó para comprender que estaba horrorizado de ver lo que conmigo hacían; cruzamos algunas miradas, y nos entendimos perfectamente. Leyendo en ellas comprendí que esperaba una ocasión favorable para libertarme.

Esta ocasión se ofreció esta mañana á las diez y media, cuando los señores criminales que trabajan aquí, me dejaron solo con el ruso. El fué quien me quitó el trapo que me habían puesto en la boca, y que me ha herido la lengua y el paladar como ves, y en su idioma estrafalarío que afortunadamente comprendo, me dijo que estaba dispuesto á libertarme si le prometía dejarle vivir honradamente, puesto que según me ha asegurado, vivía entre los criminales contra su voluntad.

Naturalmente, le prometí realizar sus esperanzas á condición de que te avisase y, en efecto, ha hecho por mí cuanto ha podido; sabré mostrarme agradecido.

¿Te has inquietado, verdad?

—Ya se lo puede usted figurar; desde el momento en que mistress Bonnet me dijo que había usted salido con el joven *colega*, me sentí seriamente preocupado por su suerte.

—Ya lo estabas antes—dijo Sherlock Holmes.—Ayer por la mañana estuve en Scotland Yard y quizá volviste aún ayer por la noche. Espero, sin embargo, Harry, que no habrás cometido el disparate de avisar á aquellos señores de que me encontraba en peligro.

—No; pero no ha faltado mucho. Mistress Bonnet me lo aconsejaba con insistencia, y por un momento creí también yo que lo más prudente era recurrir al auxilio de las autoridades. He abierto el baúl y, al ver los documentos que en él se encierran, he supuesto que se encontraba usted en poder de temibles criminales.

—¿Lo has vuelto á cerrar bien?—preguntó Sherlock Holmes.—Contiene valiosos papeles con los cuales pronto podremos descubrir las relaciones que una banda de criminales sostiene en las principales capitales del globo.

Nos encontramos en un taller de criminales internacionales que se dedican al robo, á la venta de mujeres y á la fabricación de toda clase de moneda y billetes de todos los países.

—Admiro la tranquilidad con que me dice usted, maestro, que nos encontramos en un taller de criminales.

¿Cree usted, pues, que estamos aquí tan seguros, que no tengamos nada que temer?

Sherlock Holmes sonrió.

—Descuida, Harry; de momento los criminales nada pueden hacernos, gracias á este joven ruso; no obstante observo que se muestra bastante inquieto, de manera que será conveniente salir pronto de aquí.

Con estas palabras se levantó de la silla diciendo algunas frases al extranjero en su idioma.

Después hizo una señal á los jóvenes para que le siguieran. Recogió la cortina que separaba la habitación en que se encontraban de otra, y allí vieron con gran asombro una imprenta completa con todo lo necesario para trabajos de litografía.

—Aquí dibujan los billetes y se graban las piedras—dijo el célebre detective á Harry.—Aquí trabajan gran número de dibujantes y hábiles litógrafos, y aquí al lado hay habitaciones para fotógrafos. También pasaremos por esas habitaciones, pero luego te conduciré á una habitación donde quedarás sorprendido. Tengo curiosidad por ver los efectos de mi frasco de narcótico. Iwan, nuestro amigo ruso, que es uno de los litógrafos, lo ha tomado, y me prometió hacer aspirar el perfume á sus compañeros de trabajo.

Seguramente ha cumplido su promesa, pues sin esto no hubiera podido ir á avisarte.

—¿Se refiere usted quizá, maestro, al narcótico envenenado que compramos en Bombay, y que es de efecto tan eficaz que basta aspirar un segundo su aro-

ma para dejar sin sentido ó muertos á cuantos se encuentran en una habitación cerrada?

—El mismo—repuso el gran detective limpiándose la sangre del rostro.

Atravesaron un oscuro pasillo por el que llegaron á una puerta vidriera cerrada por una cortina encarnada.

Iwan dijo á sus acompañantes algunas palabras en ruso; luego abrió la puerta.

Inmediatamente sintióse un fuerte perfume embriagador, dulzón, de tal modo, que los tres tuvieron que taparse apresuradamente las narices con el pañuelo.

Un cuadro horroroso se ofreció á los visitantes. En aquella estancia iluminada por una luz de gas, estaban varios hombres sentados alrededor de una larga mesa en la que debían haber comido á juzgar por el aspecto de la misma.

La mayor parte de los comensales tenían la cabeza reclinada sobre la mesa, algunos aparecían en el suelo.

El perfume envenenado que Iwan había dejado á uno de los hombres, y el cual había abierto el frasquito á presencia de los demás, en la habitación cerrada, había producido su efecto.

Desvanecidos por los vapores venenosos, los criminales yacían sin sentidos.

—Salgamos de aquí—exclamó Harry.—Parece que nos encontramos en medio de la peste.

El joven detective, algo mareado ya, se disponía á salir, pero su maestro le retuvo.

—No; de ninguna manera, amigo—exclamó Sherlock Holmes.—No podemos salir tan de prisa. Sería proceder contra las reglas fundamentales de nuestra profesión, si no aprovecháramos la oportunidad que se nos ofrece de entregar á nuestro amigo Mac Gordon toda una banda de criminales.

Bebe un poco de brandy y al trabajo. Iwan nos buscará algunas cuerdas, y ataremos á esos bandidos.

Dijo luego algunas palabras á Iwan que murmurando algo incomprensible se alejó corriendo para volver al poco rato provisto de tantas cuerdas que hubiera podido atarse á todo un regimiento de infantería.

A una señal del detective, Iwan abrió algunas ventanas que daban al oscuro patio.

Penetró una porción de aire fresco, y entonces pudieron los detectives empezar á atar manos y pies á los dormidos.

carnizado. Por otra parte me sentará muy bien el aire fresco y podré tomar algún alimento, pues me siento muy débil y sin fuerzas.

Precedida de Iwan que les condujo por un laberinto de pasillos y escaleras secretas, salieron de la casa



—Bien—exclamó Sherlock Holmes cuando hubo terminado su tarea.—Ahora á la imprenta y á las cárceles de la banda criminal. Luego iremos al subterráneo, donde está la jefatura de la capitana, la mujer verde, que espero podremos detener con todo su ejército de oficiales y subalternos.

Quise hablarte de ella, Harry, pero será mejor que la veas por tus propios ojos.

Como los tres no somos bastantes para cogerles á todos, iremos á la delegación más cercana en busca de hombres; tal vez haya que sostener un combate en-

de los criminales encaminándose á una delegación de policía que estaba muy cerca de Harrysonstreet.

CAPITULO VI

En el cuartel de los criminales

Los señores de la policía quedaron no poco sorprendidos cuando vieron aparecer al célebre Sherlock

Holmes y á sus ayudantes en la delegación, y supieron que muy cerca de allí anidaba toda una banda de criminales que mister Mac Gordon estaba buscando desde hacía largo tiempo.

El vestido manchado de sangre del intrépido detective documentó la relación que hiciera de los hechos y de las torturas á que había sido sometido por espacio de diez y ocho horas. Harry, por su parte, describió detalladamente la situación en que había encontrado á su maestro.

El oficial de policía montó en cólera al saber esto, y dispuso que todos los hombres que hubiera disponibles se pusieran á las órdenes de Holmes.

Mister Mac Gordon, avisado por teléfono, prometió, igualmente, mandar un número determinado de sus mejores satélites para ayudar al maestro.

Cerca de Harrysonstret se encontró reunido bien pronto un número crecido de agentes y oficiales.

Había que tomar medidas para no llamar la atención de los criminales; así es que decidieron esperar á la noche para más asegurar el éxito.

Cuando Iwan había indicado el camino más seguro para penetrar en los departamentos subterráneos que no comunicaban con los talleres donde Sherlock Holmes estuvo á punto de perder la vida, salió, por de pronto, un pequeño destacamento de policías para reconocer el terreno.

Por diferentes caminos, se acercaron los policías, acompañados de Sherlock Holmes, Harry Taxon, Iwan y Mac Gordon, al edificio sin que llamaran la atención.

La casa en que se reunían los criminales, era una construcción antiquísima, que debía ser derribada por ser muy defectuosa.

Estaba casi aislada, muy cerca del Támesis y de los astilleros. Muchos años atrás había servido de albergue á los obreros de los astilleros.

El edificio estaba rodeado por un muro alto y grueso.

Los exploradores se aseguraron sobre la manera de penetrar en el subterráneo, y se retiraron luego.

Trancurrió por fin el día; eran las nueve de la noche y todo estaba envuelto en tinieblas.

El cielo estaba cubierto de negros nubarrones, y el fuerte viento hacía oscilar la luz de los faroles.

Aquel barrio, tan animado durante las horas diurnas, parecía entonces deshabitado.

Los policías, al mando de Sherlock Holmes, y ocultándose en las sombras de los árboles, se acercaron á la casa cautelosamente.

Al llegar junto al muro, oyeron el ladrar de un perro que debía servir de guardia.

Los policías que iban en primera fila se echaron al suelo permaneciendo inmóviles; el perro les ofateó y empezó á pasarse inquieto de un lado á otro.

Sherlock Holmes había contado con esto.

Sacó un trozo de carne que había preparado, y lo arrojó á alguna distancia, á la otra parte del muro.

Los ladridos del animal se oyeron durante algunos segundos; luego todo quedó en silencio.

—Creo que podemos avanzar—dijo Sherlock Holmes á Harry y á Gordon.

¿Has traído lo que te dije, Harry?

—Sí, maestro, aquí lo tengo; en el saquito.

Con estas palabras Harry sacó un pequeño saco de cuero en el que llevaba una escalera de cuerda. Con destreza la arrojó sobre el muro de tal manera, que podía subirse y bajarse al interior.

En lo alto del muro había puntas de hierro, con las que la escalera quedó sujeta.

Harry puso la escalera tirante, atando el extremo á unos hierros de que iba provista, y que se clavaban en el suelo.

Luego subió; como todo lo encontrara tranquilo, previno á los demás.

Pocos minutos después todos los hombres estaban en el patio de la casa.

Iwan se puso entonces al frente de la expedición.

Por una puerta secreta, sólo de él conocida, penetraron en el sótano.

Oyeron un ruido monótono que debía proceder de una máquina.

No cabía duda; allí se fabricaba moneda.

Pero seguramente no por medio de fuerza de vapor... El humo hubiera indicado que en aquella casa que todo el mundo creía deshabitada, se trabajaba, y esto no podía convenir á la banda.

El ruso les condujo bien pronto al sitio donde encontraron la solución al enigma.

Después de conducirles á través de varios subterráneos desiertos, Iwan llevó á sus compañeros ante un muro en el cual había una pequeña ventanilla.

Estaba abierta y á través de la misma podía verse una espaciosa estancia en cuyo centro había una máquina que á manera de cabria enorme, accionaba un volante de colosales proporciones.

Los visitantes quedaron mudos de terror al ver que en las numerosas manivelas de que la cabria estaba provista, había infelices muchachas, jóvenes de todas edades que con su esfuerzo, habían de mover el pesado volante.

El falso colega, el miserable del cabello largo hacía las veces de cabo de vara. Sin compasión golpeaba á las pobres muchachas con una fusta. Entre ellas pudo Sherlock Holmes reconocer á miss Ellen Markham, la desgraciada hija del banquero, cuyo retrato había visto.

Sus compañeras de infortunio, parecían pertenecer igualmente á las más distinguidas familias londinenses.

No lejos de la horrible máquina motriz y á la rojiza luz de algunas lámparas de petróleo, vieron los detectives y los policías la esbelta figura de la mujer verde al lado de la adivina, madame Rager.

En aquel instante, la primera, excitaba al hombre del cabello largo á no tener compasión á aquellas que calificaba de holgazanas, cuyos padres no habían querido dar el dinero que se les pedía.

Había también en la estancia algunos hombres que seguramente tenían la misión de vigilar las operaciones y la marcha del mecanismo, el cual había de transmitir la fuerza á las máquinas de imprenta que estaban en un segundo subterráneo más lejano.

A propuesta del gran detective, los policías fueron repartidos.

Una mitad, precedidos de Sherlock Holmes, Taxon y Mac Gordon, irían á detener á los que se encontraban en la sala de máquinas, y liberrarían á las pobres muchachas. Los otros, guiados por Iwan, al que se había prometido la libertad, irían á los subterráneos inferiores para detener á los impresores.

Gordon, el jefe de policía, aprobó este plan.

Por fin, á una señal del célebre detective, unos veinte policías penetraron de súbito, revólver en mano, en la lúgubre estancia. Los pocos representantes del sexo masculino que allí había quedaron tan sorprendidos por esta inesperada invasión, que no tuvieron tiempo de hacer uso de las armas.

La única persona que conservó la presencia de ánimo, fué la mujer verde.

Rápidamente quiso salir por una puerta secreta, pero Sherlock Holmes la cerró el paso.

Con la rapidez de un rayo la cogió por la muñeca, tan fuertemente, que la mujer no consiguió soltarse á pesar de que se defendía rabiamente con un puñal que había sacado del pecho.

Pocos minutos después, ella, como su hermana y el hombre del cabello de artista, quedaron sujetos y reducidos. Los demás estaban también atados.

Casi al mismo tiempo oyeron disparos en el subterráneo. Cerca de allí, en la sala de máquinas de imprenta, se había entablado un verdadero combate entre la otra mitad de policías y los obreros criminales.

Los detectives y policías que ya nada tenían que hacer en la sala de máquinas, pues los prisioneros quedaban asegurados, corrieron al socorro de sus compañeros, y cogida entre dos fuegos la banda que se componía de unos cuarenta hombres, cayeron en poder de las autoridades.

Hacía largos años que la policía londinense no había dado un golpe tan ruidoso como aquel.

Gracias á la energía y al valor del célebre detective y de su fiel ayudante Harry Taxon, quedó aniquilada una banda de criminales internacionales. Enormes paquetes de billetes de Banco cayeron en poder de las autoridades.

Los documentos encontrados en el baúl de la mu-

jer verde que Sherlock Holmes cedió a la autoridad, mostraron que aquella banda sostenía relaciones con todas las capitales de importancia, y que en todas partes había cometido crímenes. Demostrado quedó también que la mujer verde era la cabecilla de toda la cuadrilla.

Durante el proceso confesó haber sido la querida de mister Markham, y que por vengarse de su infidelidad había cometido el atentado contra su hijo y el rapto de la niña.

Las muchachas que con Ellen fueron libertadas,

habían sido robadas a sus padres por motivos parecidos.

Cuando el banquero volvió a ver a su hija, no sabía cómo expresar su reconocimiento al célebre detective.

Durante largos años fué el obligado tema en todas las conversaciones, la sin igual hazaña del tan celebrado detective Sherlock Holmes, que con la detención de la mujer verde, y de sus numerosos cómplices, había añadido una hoja más al laurel de su corona de gloria.

Aventuras de Lord JACKSON

Genial y valeroso detective, rival de SHERLOCK HOLMES

Nada tan emocionante y de interés como la lectura de esta verdadera historia de un hombre admirable, poderoso y fuerte que, a pesar de ser inmensamente rico, dedicó su talento sin par, su brava invencible y su enorme fortuna a la causa de la justicia, amparando al débil, vengando a las víctimas y llevando al patíbulo a los más horribles y tenebrosos asesinos del mundo entero.

El móvil principal que le obligó a tomar la peligrosa y accidentada vida de detective fué, sin duda alguna, el horrible asesinato de su madre y el amor que sentía su corazón, tan bravo como generoso, por los sacrosantos ideales de justicia y libertad, que deben perfeccionar a los hombres.

Cada cuaderno un episodio completo. Estos cuadernos contienen 32 páginas de buena lectura, ilustrados con grabados alusivos al texto, y lucen una sugestiva cubierta en colores.

Precio de cada cuaderno: 10 céntimos

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS

1. Robo y asesinatos en el palacio Jackson. — 2. El hueso de una pierna. — 3. Evasión de un malvado. — 4. Crímenes impunes. — 5. Viacrucis del rey de los asesinos. — 6. Un atentado terrorista. — 7. Horrible asesinato de un niño. — 8. Sangriento rescate de una joven. — 9. Modista que se arroja al Sena. — 10. Drama en las nubes. — 11. Al pie de la guillotina. — 12. Jackson en poder de los bandidos. — 13. Whippi, el perro detective. — 14. Un esqueleto que vive. — 15. Bandidos de chistera. — 16. Juana la Roa. — 17. Dos golpes notables. — 18. Jackson envenenado. — 19. Jackson resucita. — 20. Los zapatos de un muerto. — 21. Jackson contra Sherlock Holmes. — 22. Mujeres detectives. — 23. Un millón de francos. — 24. Los furios de un yanqui. — 25. Robo de una joven. — 26. Historia lugubre. — 27. Aventura sobre aventura. — 28. La posada de los muertos. — 29. Terrible encuentro. — 30. Lord Jackson prisionero. — 31. Momentos de angustia. — 32. El hombre de la cabeza cortada. — 33. Tránsito por la arena. — 34. La dama vestida de rojo. — 35. Lord Jackson desafiado a un capitan de bandidos. — 36. La central de los bandidos. — 37. Doble rapto y asesinato. — 38. Un brazo y una pierna. — 39. La mancha negra. — 40. Nuevas víctimas. — 41. La aguja envenenada. — 42. El que a hierro mata... — 43. El traficante en piedras finas. — 44. El collar de perlas. — 45. El teléfono secreto. — 46. La cueva de los cadáveres. — 47. Vestuario de un asesino. — 48. El tesoro del bandido. — 49. Por seguir a una mujer. — 50. Fin de una aventura y principio de otra. — 51. El castillo misterioso. — 52. Lord Jackson se retira.

LOS 32 CUADERNOS FORMAN LA COLECCIÓN COMPLETA

Título del cuaderno próximo:

En las manos de la Maffia

Tip. EL ANUARIO.—Diputación, 344.—F. GRANADA Y C.ª

LA VUELTA AL MUNDO POR UN PILLETE YANQUI Y SU PERRO

LAS AVENTURAS EXTRAORDINARIAS MAS DRAMÁTICAS, AUDACES Y PINTORESCAS QUE SE HAN PUBLICADO HASTA EL DÍA

Esta nueva publicación llama poderosamente la atención del público, por el interés creciente que despertan los dos originales y simpáticos protagonistas de tan extrañas aventuras, pues basta decir que nada les detiene en su camino, y con su peregrino ingenio, así salvan los mayores obstáculos en la tierra, como surcan los espacios celestes con perfeccionados aerostatos; lo mismo navegan por los mares profundos en rápidos vapores, como utilizan soberbios automóviles que recorren el mundo con temerarias velocidades.

Leer las Aventuras extraordinarias de un pillete yanqui y su perro en su viaje alrededor del mundo, es lo mismo que aprovechar el tiempo.

Todos los cuadernos causan el más vivo interés por contener cada uno de ellos parte de la accidentada historia de un bello y astuto muchacho tan valiente como bondadoso, tan desgraciado en su infancia como afortunado en su mocedad, y de «Fox», un perro sabio que obtiene en el transcurso de la obra la admiración del público.

Todas sus páginas producen la más honda emoción, tanto por las peripecias y peligros sin cuento que pasan nuestros protagonistas, como por la astuta y brava manera de conjurarlos del gallardo Tom, nuestro pequeño héroe.

La obra entera, en fin, es digna del favor del público, ya que todos sus capítulos están llenos de acción y son recomendables, tanto por las descripciones de los países que cruzan y visitan los simpáticos viajeros (el autor las ha trazado con honradez de geógrafo), como también por todas las aventuras que contiene, y que llevan ventanas sobre otras muchas por ser verdaderas, amenas e instructivas.

Estas interesantes y recreativas aventuras están relatadas por el notable escritor R. Nogueiras Oller.

Cada cuaderno de *La vuelta al mundo por un pillete yanqui y su perro* contiene 32 páginas de buena lectura, con grabados alusivos al texto, y luce una atractiva cubierta en color.

Precio de cada cuaderno: 10 céntimos

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS

1. El hombre fiero. — 2. La isla de los tigres. ¡En jaleo! — 3. Terribles peripecias de Tom. — 4. El loco de los mares. — 5. La cabeza de un loco. — 6. Tras las huellas de la hermosa Fanny. — 7. El ladrón de niños — Estrellado contra las rocas. — 8. Devoradores de carne humana. — 9. Pillete en libertad. — 10. El terremoto. — 11. Naufragos. — 12. Fanny en libertad. — 13. Hazañas de «Cuatromanos». — 14. Infamias de un judío. — 15. Aumentan los horrores. — 16. En las curruadas de la tierra. — 17. Los piratas. — 18. Hombre ó mujer? — 19. «Bandera Negra». — 20. La hija de un asesino. — 21. Lord Keen degollado. — 22. El pozo del infierno. — 23. La cárcel. — 24. Los tormentos de John Got. — 25. Got, ahogado. — 26. Los dos rivales. — 27. Los infames de un aristócrata. — 28. Los bandidos La rosa. — 29. La casa lugubre. — 30. En la boca de un cañón. — 31. La favorita del Sultán. — 32. El sauro. — 33. «Cuatromanos muere». — 34. Dos pulcrazos y un mono.

LOS 32 CUADERNOS FORMAN LA COLECCIÓN COMPLETA

Estas obras se envían a vuelta de correo a quien las desea, mediante el envío de su importe y 35 céntimos más del coste de envío. El importe se puede enviar en sellos correales de franqueo ó libranza del Giro postal.

Pídase en todos los kioscos

Lord LISTER (a) John C. Raffles

GENIAL Y HÁBIL REY DE LOS LADRONES

Implacable con los asesinos y usureros, protector de la inocencia perseguida y apoyo constante de la verdadera honradez.

PERFECTO Y REFINADO GENTLEMAN

persigue en todas partes la deficiente legalidad y justicia, valiéndose de las mismas fechorías de los criminales, cuyas hazañas supera con admirable acierto, teniendo siempre de su parte á los hombres de la más estricta moralidad.

¿Quién
le conoce?

Esta es la preocupación constante de Scotland Yard ♦ ♦ ♦



¿Quién
le ha visto?

Tal es la continua obsesión del público londinense ♦ ♦ ♦ ♦

Se publica un cuaderno semanal de 32 páginas ilustradas, con cubierta en colores, al precio de

20 céntimos

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|--|
| 1. El Incógnito misterioso. | 23. El secreto del anillo. | 44. El collar de la «cocotte». |
| 2. El castigo de un joyero falso. | 24. El tesoro sagrado del Siwa. | 45. La doncella raptada. |
| 3. Un robo en el Palacio Real. | 25. El presidente del Banco. | 46. El plaidín de la moralidad. |
| 4. El tesoro en un sarcófago. | 26. El inspector Baxter en un manicomio. | 47. El fusil del negro. |
| 5. El negro en el «boudoir». | 27. El número R. 100. | 48. El collar de perlas de la dama. |
| 6. Estratagemas de un banquero. | 28. El club del Rey. | 49. Oro mejicano. |
| 7. El príncipe jugador. | 29. El enigma indio. | 50. Los piratas de la Bolsa. |
| 8. En las catacumbas de París. | 30. El Presidente de las Colonias. | 51. El ladrón incorregible. |
| 9. Dinero y amor. | 31. Los cuatro padres. | 52. El tesoro del Roghi. |
| 10. La imagen de la india. | 32. Muerte plácida. | 53. Un viaje de bodas. |
| 11. Los diamantes del duque de Norfolk. | 33. «La Trompeta de Alarma». | 54. El palacio de las musas de Santa Elena. |
| 12. Tesoros sumergidos. | 34. Raffles y el jefe de la policía china. | 55. Una grada de la escala de Jacob. |
| 13. El asalto en el «sleeping». | 35. La reina de los diamantes. | 56. El propietario del «Delfin». |
| 14. El falso sargento detective. | 36. Un robo en un museo. | 57. Entre la honra y el crimen. |
| 15. El apóstol de plata. | 37. El palaciego de Belgrado. | 58. El tesoro de Estado. |
| 16. Entre los «apaches» de París. | 38. La hermosa dama. | 59. Bajo la bandera roja. |
| 17. El Don Juan castigado. | 39. El demente de Hanwell. | 60. El príncipe de Georgia. |
| 18. El misterio de los niños mutilados. | 40. El falso saltador. | 61. Los espíritus de la señora Berta Dunkel. |
| 19. El heredero de Eagtestone. | 41. Dos que apuestan sin ganar nadie. | 62. El sacerdote del Sol. |
| 20. El arm rojo. | 42. Venganza involuntaria. | 63. El más difícil empleo. |
| 21. Entre las ruinas de Mesina. | 43. El cometa misterioso. | 64. En la ratonera. |

CADA CUADERNO UN EPISODIO COMPLETO

Administración: F. GRANADA y C.^A, Editores ♦ Diputación, 344, BARCELONA

REPRESENTANTES

Madrid: José Lerín, Abada, 22.—Valencia: Vicente Pastor, Victoria, 11, pral.—Zaragoza: Angel Villamarín, S. Miguel, 20
Buenos Aires: Pascual Mediano, Brasil (entre Lima y General Hornos), frente á la estación del Sud